

ROMEO Y JULIETA

De William Shakespeare

Version basado en el original

Personajes:

ESCALUS, príncipe de Verona

MERCUTIO, joven caballero y pariente del Príncipe, amigo de Romeo

PARIS, joven noble pariente del Príncipe

SIRVIENTE DE LA FAMILIA CAPULETO

ROMEO, hijo de Montesco

BENVOLIO, primo de Romeo

TEOBALDO, sobrino de Capuleto

FRAY LORENZO

FRAY JUAN

BALTAZAR, criado de Romeo

SANSON

GREGORIO

PEDRO

ABRAHAM

BOTICARIO

SEÑORA CAPULETO

SEÑOR CAPULETO

JULIET

NODRIZA

SEÑOR MONTESCO

SEÑORA MONTESCO

LOS ENMASCARADOS

Prólogo

Entra el Coro

Dos familias de idéntico linaje; una ciudad, Verona, lugar de nuestra escena, y un odio antiguo que engendra un nuevo odio. La sangre de la ciudad mancha de sangre al ciudadano. Y aquí, desde la dura entraña de dos enemigos, nacieron dos amantes bajo estrella rival. Su lamentable fin, su desventura, entierra con su muerte el rancor de los padres. El caminar terrible de un amor marcado por la muerte, y esta ira incesante entre familias que solo el fin de los dos hijos conseguirá extinguir, centrarán nuestra escena en las próximas horas. Escuchad esta historia con benevolencia, ¡ que cuanto falte aquí ha de enmendarlo nuestro empeño!

Sale

Acto I. Escena I

Entran Sampson y Gregory, de la casa de los Capuletos, con espadas y broqueles.

SAMPSON: Cualquier perro de los Montesco me movería.

GREGORY: Moverse es irse, y erguirse de valienes, así que si te mueves... te vas.

SAMPSON: Un perro Montesco hará que me plante. Será mío el lado del muro, sea hombre o mujer, ese Montesco.

GREGORY: Flojo me parecéis, que es siempre el más débil quien anda por ese lado.

SAMPSON: ¡Cierto! Y al ser las hembras las más débiles, se las arrima siempre al muro; por tanto, tiraré del muro a los mancebos y arrimaré contra él a sus mujeres.

GREGORY: La cotntienda es entre los amos, y entre nosotros, sus criados.

SAMPSON: ¡Da igual! Me portaré como un tirano. Primero acabaré con los hombres y luego sere amable con las virgenes; les cortaré flores.

GREGORY: ¿Flores, a las virgenes?

SAMPSON: Sí, les cortaré flores o les cortaré la flor. Tómallo en el sentido que quieras.

GREGORY: Por donde más lo sientan lo han de tomar.

SAMPSON: Me sentirán mientras pueda tenerme tieso; ya se sabe que Buena pieza de carne
poseo.

GREGORY: Se sabe que de pescado no es. De ser así te llamarían “John el escaso”.
!Saca tu arma! Ahí llegan dos de los Montesco.

Entran Abraham y otro sirviente.

SAMPSON: Pongamos la ley de nuestra parte. Deja que comiencen ellos.

GREGORY: Les hare una mueca

?

SAMPSON: Señor, os lo levanto, el dedo.

ABRAHAM: ¿Qué si nos levantáis el dedo?

SAMPSON: (Aparte a Gregory) ¿Está la ley de nuestra parte si decimos “sí”?

GREGORY: (Aparte a Sampson) No.

SAMPSON: No, señor, no os levanto el dedo a vos, pero lo levanto.

GREGORY: ¿Queréis pelea?

ABRAHAM: ¿Pelea, señor? !No! !Señor!

SAMPSON: Si la queréis soy todo vuestro. Sirvo tan bien como vos.

Luchan. Entra Benvolio

BENVOLIO: !Alto, necios! Deponed los aceros. Ignoráis lo que hacéis.

Entra Tybalt

TYBALT: ¿Qué es esto? ¿Lucháis contra “estos”? !En guardia, Benvolio! !Enfréntate a tu
muerte!

BENVOLIO: Sólo quiero poner paz. Detén tu acero, o ayúdame a separar a estos hombres.

TYBALT: ¿Es posible hablar de paz con la espada en la mano? Odio esa palabra y los Montesco

Y a ti mismo, como al infierno. En guardia, cobarde.

Luchan. Entran el Viejo Capuleto y su esposa.

CAPULETO: ¿Que ruido es este? ¡Mi espada de combate!

LADY CAPULETO: Decid mejor mi muleta. ¿Para qué una espada?

Entran el Viejo Montesco y su esposa.

CAPULETO: ¡Mi espada digo! El anicano Montesco esta aquí y me provoca con su espada.

MONTESCO: Tú, Capuleto, ruin... Que nadie me sujete.

LADY MONTESCO: Tu no darías un paso ante el enemigo.

Entran el principe Escalus y su séquito.

PRINCIPE: Sois súbditos rebeldes, de la paz enemigos, que el acero profanáis con una sangre hermana. So pena de tortura, arrojad de las sangrientas manos las armas que ha empleado la cólera, y escuchad la airada sentencia de vuestro príncipe: son ya tres las reyertas, fruto de las vanas palabras, que tú provocas, Viejo Capuleto, y tú, Montesco, tres y alas veces que alteráis el orden en las calles. Si nuevas luchas provocáis, pagaréis con vuestras vidas tal ultraje a la paz. Marchaos por esta vez los aquí presents. Vos Capuleto, venid conmigo y vos, Monesco, acudid esta tarde al placio, donde imparto justicia. Y conoceréis mi dictámen. ¡Pena de muerte a quien se quede!

Salen todos excepto el Viejo Montesco, su esposa y Benvolio.

MONTESCO: ¿ Quién avivó de nuevo esta Antigua Discordia? Habla, sobrino, ¿estabas tu cuando empezó?

BENVOLIO: No; estaban los criados de vuestro adversario en lucha franca con los vuestros cuando yo llegué. Desenvainé con ánimo de separarlos, llegó Tybalt, entonces, con su espada en alto, burlón, sin inmutarse intercambiamos golpes; en eso

llegó el Príncipe y puso paz entre nosotros.

LADY MONTESCO: Y Romeo, ¿dónde está? ¿Vos le habéis visto? ¡ Cómo me alegra saber que no estuvo en la lucha!

BENVOLIO: Allí, por entre los sicómoros de una arboleda que crece en el oeste de la ciudad, vi paseando a vuestro hijo muy tempreno; me dirigí hacia él, y al verme, corrió a ocultarse en la espesura.

MONTESCO: Ha sido visto allí mas de una mañana aumentando el rocío con sus lágrimas y Ocureciendo las nubes con suspiros; vuelve a casa, y se encierra en su cuarto. Este humor ha de tener consecuencias fatales sin con buenas palabras no se extirpa la causa.

LADY MONTESCO: Si pudiéramos saber de donde nace su tristeza de buen grado podríamos curarle.

Entra Romeo

BENVOLIO: Mirad, ahí llega; retiraos, os lo ruego.

MONTESCO: Ojalá que a solas con él tengáis la suerte de escuchar la verdad. Señora, retiremonos.

Salen Montesco y esposa.

BENVOLIO: Feliz mañana, primo mío.

ROMEO: ¿Tan joven es el día?

BENVOLIO: Apenas tiene nueve horas.

ROMEO: Largas son las horas tristes.

BENVOLIO: ¿Tanto alarga la tristeza las horas de Romeo?

ROMEO: Eso hace la pena de no poseer lo que puede acortarlas.

BENVOLIO: ¿Estáis enamorado?

ROMEO: Privado...

BENVOLIO: ¿Del amor?

ROMEO: ... del favor de la que amo.

BENVOLIO: Decídmelo seriamente, ¿a quién amáis?

ROMEO: ¿He de llorar para decíroslo?

BENVOLIO: ¿Llorar? ¿Por qué? Decídmelo en serio, ¿a quién?

ROMEO: En serio, primo mío, amo una mujer. Y es bella la que amo.

BENVOLIO: Si es bella la Diana, antes llegará el tiro, amigo mío.

ROMEO: Mal resultó ese tiro, pues nadie podrá herirla con las flechas de Amor; tomó el
Ingenio de Diana, y, protegida por la coraza fuerte de la castidad, vive a salvo
del pueril y débil dardo del amor. No ha de exponerse a que la cerquen palabras
seductoras: evitará el asedio de ojos tentadores, y no abrirá sus carnes al engañoso
oro; posee la riqueza de lo bello. Y es pobre; lo que acesora ha de morir con ella.

BENVOLIO: ¿Y ha jurado vivir casta para siempre?

ROMEO: Es muy Hermosa, discreta, discretamente Hermosa. Demasiado para obtener su gloria
a costa de mi infierno. Ha jurado no amar y, por su voto, estando muerto, vivo. Vivo
para contar la historia.

BENVOLIO: Olvida. Sigue mi consejo. No pienses más en ella.

ROMEO: Oh, enséñame a olvidar, a no pensar.

BENVOLIO: Dale a tus ojos libertad, y mira otras bellezas.

ROMEO: Un camino perfecto sería ése para evocarla aún más. Quien subitamente, queda ciego
no puede olvidar el preciado tesoro de su vista perdida. Adiós, pues que no me enseñes
a olvidar.

BENVOLIO: He de enseñarte, o en deuda contigo he de morir.

Salen

Escena II Acto I

Entran Capuleto, el conde Paris y su sirviente.

CAPULETO: Repetiré lo que antes ya os he dicho; mi hija todavía es ajena a las cosas del mundo.

Dejad que dos nuevos estíos consuman su splendor ahsta que esté en sazón para las nupcias.

PARIS: Otras de menor edad son ya madres felices.

CAPULETO: También pierden precoces su frescura. Cortéjala nobel Paris, y gana su corazón pues que mi voluntad es solo parte de la suya. Si ella consiente, con su misma elección irá la nuestra y nuestro beneplácito. Esta noche, según vieja constumbre, doy una fiesta a la que he invitado, de entre nuestros amigos, a los que más estimo tú entre ellos. Tu presencia, muy bienvenida, hace más rico el número. Ea, venid connmigo. **(Al sirviente)** Id, recorred la Hermosa Verona. Encontrad las personas cuyos nombres van escritos aquí, y decidles que serán en mi cas bienvenidos.

Salen Capuleto y Paris.

CRIADO: “Encontrad a las personas cuyos nombres van escritos aquí”. Esta escrito aquí que el zapatero se las componga con la vara suya de medir, el sastre con la suya horma, el pescador con el su lapicero, y el pintor con su instrumento de pescar... y a mí se me envía a encontrar a las personas cuyos nombres van aquí escritos cuando no puedo leer los nombres que la persona escribiente ha escrito aquí. He de buscar pues a alguien que la tenga buena la letra. ¡eso haré!

Entran Benvolio y Romeo.

BENVOLIO: ¡Eh, hombre! Que un incendio a un fuego devora, y las penas se ahogan con las penas. Nada hay mejor para el mareo que girar al otro lado, y una nueva pena ahoga a la antigua. ¿Os habéis vuelto loco?

ROMEO: No, loco no. Y sin embargo más atado, cerrado en una prisión, hambriento, azotado, atormentado y... Buenas noches amigo.

CRIADO: Buenas y muy buenas nos la dé Dios. Os lo ruego, señor, ¿sabéis leer?

ROMEO: Sí, se leer mi futuro en mi miseria.

CRIADO: Para eso no hacen falta libros. Os lo ruego, ¿sabéis leer todo lo que véis?

ROMEO: Sí, siempre que sepa de que letras se trata y cual sea el idioma.

CRIADO: ¡Cuánta sabiduría! Dios os conserve el humor.

ROMEO: Esperad, mancebo, mira como leo.

Lee la carta.

“Signor Martino, y su esposa e hijos; el Conde Anselmo y sus bellas hermanas; la señora viuda de Vitruvio, el señor Placentio y sus encantadoras sobrinas; Mercutio y su hermano Valentín; mi tío Capuleto, su esposa e hijas; la hermosa Rosalina, mi sobrina, y Livia; Signor Valentío y su primo Tybalt; Lucio y la gentil Helena”. Buena es la comitiva. ¿Dónde es la fiesta?

CRIADO: Allí, donde la cena, en nuestra casa.

ROMEO: ¿Qué casa?

CRIADO: La de mi amo.

ROMEO: En efecto, tenía que haberlo preguntado antes.

CRIADO: Os lo diré sin que tengáis que preguntarlo. Mi amo es el noble y rico Capuleto. Y si vos

no sois de la casa de los Montesco, os ruego vengáis a beber un vaso de vino. Que podréis divertirlos. Adiós.

Sale

BENVOLIO: A esta fiesta tradicional de los Capuleto, irá vuestra bella Rosalina, la que amáis, y otras admiradas beldades de Verona. Id pues allí y que el ojo imparcial compare su rostro que os enseñaré de modo que vuestro cisne un cuervo os parecerá.

ROMEO: ¿Más hermosa que la que amo? Nunca el sol, que lo ve todo, tal encontró desde que el mundo existe.

BENVOLIO: ¡Bah! Os pareció por no poderla comparar imagen de si misma en vuestros ojos,
Pero cuando la compares con otras doncellas que en la fiesta resplandezcan, la
Que ahora juzgáis la mejor apenas si mediocre habrá de pareceros.

ROMEO: Iré, y no por lo que vais a mostrarme sino por ver, esplendorosa, la que amo.

Salen

Escena III Acto I

Entra Lady Capuleto y la Nodriza.

LADY CAPULETO: Ama, ¿dónde estará mi hija? Dí que venga.

NODRIZA: Ya la llamé, por mi virginidad de doceañera. ¿Julieta? ¿Dónde estás?

¡Válgame el cielo! ¿Julieta?

Entra Julieta.

JULIETA: ¿Quién me llama?

NODRIZA: Vuestra madre.

JULIETA: Estoy aquí, madre. ¿Qué me queréis?

LADY CAPULETO: Se trata de... Ama, permitidme un momento. Tenemos que hablar a solas.

Ama, vuelve; pensándolo mejor, queda, y escucha. Mi hija, lo sabes, está
en una edad crítica.

NODRIZA: Calcularía su edad sin error de una hora. ¿Cuánto falta para las fiestas de agosto?

LADY CAPULETO: Dos semanas o más.

NODRIZA: Día de mas o día de menos, entre los días del año, la víspera de la fiesta cumplirá.

Vaya que sí, no se me olvida, no. Lo recuerdo muy bien. Once años hace ya de lo
del terremoto, cuando la destetamos. Me acordaré toda la vida. Acababa de darme
yo acíbar en los pesones, allí, sentada al sol, bajo el palomar. Vuestras señorías se
habían ido a Mantua. ¡Tengo yo una memoria! Como iba diciendo, cuando probó
el acíbar del pezón y encontró mi pecho amargo, había que ver a la muy tonta,

¡que furiosa se puso con mi teta! ¡Crac!, hizo el palomar. No fue preciso os lo juro otra señal para que corriera. Si incluso el día antes casi se rompe la crisma, y fue mi esposo, (¡Dios lo tenga en su gloria!) – ¡bien alegre que era! – quien la recogió

¡Vaya! – le dice - ¿así que te caes de boca? Ya caerás boca arriba cuando tengas juicio, verdad que sí, Juli?” Y por la virgen que salió corriendo y dijo: “Sí”.

LADY CAPULETO: ¡Basta ya esta bien! ¡Te lo ruego!

NODRIZA: Sí señora, pero no puedo dejar de reírme.

JULIETA: Lo que ahora dijo, ama, es que te calmes tu.

NODRIZA: Muy bien, ya terminé. Que Dios te asista. Eras la criatura mas hermosa que he criado y he de verte casada un día.

LADY CAPULETO: ¡Casada! De eso quería hablaros. Decid Julieta, ¿ que pensáis? ¿No deseáis casaros?

JULIETA: Es ese un honor con el que nunca soñé.

LADY CAPULETO: Pues ya puedes ir pensándolo. Mas jóvenes hay aquí en Verona, damas de rango, que ya son madres. A tu edad, ya eras hija mía. Seré mas breve: el gallardo Paris pretende tu mano.

NODRIZA: ¡Un hombre mi niña! Un hombre a quien todas... ¡Moldeado en cera parece!

LADY CAPULETO: ¿Qué decís? ¿Podéis amar a un caballero así? Le veréis esta noche en nuestra fiesta. Su rostro es como un libro abierto, léelo bien y encontrarás placer escrito con amorosa pluma. Este precioso libro de amor, este amante incompleto, tan solo precisa ligaduras para ser mas hermoso. El libro con mil ojos comparte su esplendor que con broches de oro encierra su áurea historia. Así compartirás tu todo lo que posee él, no disminuyéndote a ti al poseerte.

NODRIZA: ¿Disminuir? Aumentar es lo que nos hacen los hombres.

LADY CAPULETO: Díme, pues, ¿puedes amar a Paris?

JULIETA: Lo intentaré, si intentarlo me mueve al amor. Pero los dardos de mis ojos volarán hasta donde vuestro consentimiento lo permita.

Entra el criado.

CRIADO: Madam, los invitados ya han llegado, la cena esta servida, vos avisada, mi joven Señora solicitada, el ama, maldecida en la cocina, y en fin, todo en orden y ahora voy Corriendo a servir la cena si me acompañáis.

LADY CAPULETO: Corriendo te acompañamos.

NODRIZA: Venga niña, Que a días felices sigan unas noches felices.

Salen.

Escena IV Acto I

Entran Romeo, Mercutio y Benvolio y otros con máscaras portando antorchas.

ROMEO: ¿Qué? ¿Les decimos las palabras de cortesía, o entramos sin mas ceremonias?

BENVOLIO: No están de moda ya dar explicaciones largas Que nos juzguen como quieran. Bailamos un baile y nos vamos.

ROMEO: Dadme una antorcha. No estoy par bailes. Que bien cuadra la cruz a quien anda sombrío.

MERCUTIO: No gentil Romeo, tienes que bailar.

ROMEO: Tengo el alma de plomo y tanto me sujeta al suelo que ni puedo moverme.

MERCUTIO: Tu estás enamorado. Toma alas de Cupido y elévate hasta donde puedas.

ROMEO; Bajo la pesada carga del amor desfallezco.

MERCUTIO: Sí, para desfallecer tendrás que soportarlo. Mucho es el agobio para una cosa así de tierna.

ROMEO: ¿Una cosa tierna el amor? Cruel y bien duro. Y rudo y violento, hiere como el espino.

MERCUTIO: Si contigo es cruel el amor sé tu cruel también. Hiérello pues el hiere y así podrás vencerlo. Un antifaz quiero para cubrir mi rostro y cubrirá una máscara a la otra.
¿Qué importa si un ojo curioso quiere ver mis defectos? ¡Mi antifaz se ruborizará por mi!

BENVOLIO: ¡Vamos, llama y entra! Y una vez allí que cada quien se cubra de sus piernas.

ROMEO: Una fiesta tan hermosa y yo, como el sereno, a solas.

MERCUTIO: “Doce en punto y sereno”, dijo el alguacil. Vamos. Se hace de día.

ROMEO: Sí, y aunque no tenga sentido, creo que hacemos bien viniendo a esta mascarada.

MERCUTIO: ¿Y por qué, si se puede saber?

ROMEO: Soñé un sueño esta noche.

MERCUTIO: Y yo también.

ROMEO: ¿Y que soñaste?

MERCUTIO: Que mienten los que sueñan.

ROMEO: Muchas veces cuando dormimos en la cama, los sueños son verdad.

MERCUTIO: Ya veo que la Reina Mab te ha visitado. Ella es la reina de las ilusiones. De tal suerte galopa tras la noche por los cerebros enamorados que sueñan con amor, y por cortesanas rodillas, que sueñan súbitas finezas; y por los dedos del ahogado que sueña en sus minutas; y por los labios de mujer que sueñan con los besos, labios que la airada Mab condena poblándolos de llagas por infectar sus alientos con el dulzor del almíbar. Esta es Mab. Esta es la bruja que cuando ve doncellas rendidas boca arriba, la fuerza, y les enseña a soportar la carga y hace de ellas hembras de buen fuste. Esta es la que...

ROMEO: ¡Alto, Mercutio! Hablas sin decir nada.

MERCUTIO: ¡Hablo de sueños! Que hijos son de las mentes ociosas nacidas de la vaga fantasía,

en sustancia, liviana como el aire, e inconstante más todavía que el viento.

BENVOLIO: Ese viento del que hablas, nos aventa a nosotros. ¡Venga! La cena ha terminado.

Llegamos tarde.

ROMEO: Temprano, creo yo. Mi corazón presiente nefastas consecuencias, presagio de los astros, cuyo cruel y final progreso comenzara esta noche, en esta fiesta, y pondrá fin a mi vida despreciable – esa que mi pecho encierra – un golpe vil de muerte repentina. Mas aquel que es faro de mi ruta sabrá guiarme. ¡Sin miedo! ¡Amigos míos, adelante!

BENVOLIO: ¡Tambor, redobla!

Marchan avanzando por la escena.

ESCENA V ACTO I

Entran Capuleto, su esposa, Julieta, Tibalt, la Nodriza los que portan máscaras e invitados.

CAPULETO: Bienvenidos, señores. Y aquellas entre las damas que no tengan callos bailarán un baile con vosotros. Venga, venga señoras, ¿quién se negará ahora a bailar?
¡Bienvenidos seáis, señores! Solía yo llevar antaño también antifaz y contar cuentos al oído de alguna mujer hermosa, de esos que les gustan. Y ahora se acabó, se acabó. ¡Señores, sed bienvenidos! Vosotros músicos, a tocar.

Suena la música. Bailan

Apagad el fuego. Hace mucho calor.

ROMEO: ¿Qué dama es la que adorna la mano de aquel caballero?

BENVOLIO: No lo sé, Romeo.

ROMEO: Hasta las antorchas, de ella, aprenden a brillar. Se diría que adorna el rostro de la noche como preciado colgante que portara una etíope. Belleza demasiado rica para usarse, o para la tierra. Parece una paloma nívea que avanza entre los cuervos, tal

ocurre con esa doncella entre las demás. Corazón, ¿amé yo antes de ahora?

TYBALT: Por la voz éste parece un Montesco. ¿Se atrevió el infame a llegar hasta aquí con máscara de comediante, para burlarse y hacer escarnio a nuestra fiesta? Ahora, por el honor y la sangre de mi raza, he de matarle sin cometer pecado.

CAPULETO: ¿Qué ocurre sobrino/ ¿A que tanta ira?

TYBALT: ¡Aquel es un Montesco, un enemigo!

CAPULETO: ¿No es Romeo?

TYBALT: Sí, Romeo el infame.

CAPULETO: Calmaos, gentil sobrino. Dejadle estar. Se comporta como buen caballero.

Ni por la riqueza de esta ciudad le ofendería yo en mi propia casa. Déjadle.

Así lo deseo, respetad mi decisión. Vestíos de amable apariencia y quitaos ese seño

vuestro que tan mal se acomoda en esta noche.

TYBALT: Bien está mi seño, si es un infame el invitado; no he de tolerarlo.

CAPULETO: ¿Lo oís, joven caballero? Eso es lo que he dicho. ¿Quién es quien manda aquí, vos o yo?

TYBALT: ¡Paciencia impuesta contra violenta ira que, al encontrarse, tiembla toda mi carne!

Debo marchar, pero ese que es intruso y que dulcísimo parece, en hiel se habrá de convertir.

Sale.

ROMEO: Si profanara con mi mano indigna este sagrado altar, sacro pecado fuera.

rubrosos peregrinos, mis labios prestos estarían para borrar tan brusco tacto con un Beso.

JULIETA: En poco estimáis vuestra mano, buen peregrino, que solo nuestra humilde devoción.

Las manos del santo toca el que es peregrino, palma con palma, es beso santo del palmero.

ROMEO: Y los santos, ¿no tienen labios y también palmas sagradas?

JULIETA: Sí, peregrino, labios para decir oraciones.

ROMEO: Entonces, querida santa, deja que los labios hagan lo que hacen las manos.

Rezan, concédeme lo que piden, y que la fe no desespere.

JULIETA: Los santos no se mueven sino por la plegarias.

ROMEO: No os mováis hasta que llegue mi plegaria,

La besa.

y que vuestros labios limpien los míos de pecado.

JULIETA: Venga a mis labios el pecado que los vuestros tenían.

ROMEO: ¿Pecado de mis labios? Oh dulce urgencia de pecado. Dadme el pecado otra vez.

La besa.

JULIETA: ¡Sabiamente besáis!

NODRIZA: Señora, vuestra madre quiere hablaros.

ROMEO: ¿Quién es su madre?

NODRIZA: ¿Cómo, mancebo? Su madre es la señora de esta casa.

ROMEO: ¡Es una capuleto! ¡Cuán alto es el precio! Mi enemigo es el dueño de mi vida.

BENVOLIO: ¡Vámonos! La fiesta ya se acaba.

ROMEO: Sí, eso temo Grande es mi inquietud.

CAPULETO: Eh, caballeros, nos dispongáis a marchar. Hemos preparado un pequeño banquete.

Le hablan al oído.

Ah, bien, siendo así. Os doy pues las gracias. Gracias gentiles caballeros. Buenas noches tengáis.

Salen todos, excepto Julieta y la Nodriza.

JULIETA: Ven, ama, ¿aquel gentilhombre quién es? Ve y pregunta su nombre, y, si ya esta Casado, conviértase la tumba en mi lecho nucpcial.

NODRIZA: Es Romeo su nombre, es un Montesco, el hijo único de vuestro peor enemigo.

JULIETA: No ha mucho te desconocía, ahora te conozco, y ya es tarde. ¡Nace mi amor, la fuerza que me obliga a amar a quien es mi enemigo!

NODRIZA: ¿Cómo? ¿Qué decís?

JULIETA: Versos aprendidos de uno con el que he danzado.

La madre llama de adentro: ¡Julieta!

NODRIZA: ¡Venga vamos! ¡Deprisa, que ya se han ido todos!

Salen. Fin del Primer Acto.

ACTO II

Entra el Coro

CORO: Yace ahora la antigua pasión en su lecho de muerte, pugna por sucederle un nuevo afecto: aquélla por cuyo amor alguien quiso morir no es nadie, comparada con la hermosa Julieta. De nuevo, ama Romeo, y es correspondido, embrujados los dos al encontrar sus ojos. Pero él ha de sufrir, pues ella es su enemgia; y ella, apartar la dulce tentación de los cebos terribles, pues, siendo él adversario, no deberá acceder a promesas de amor que los amantes hacen; y estando enamorada, se le niega la ocasión de encontrar a su amado en parte alguna; mas el tiempo da medios, y fuerzas la pasión para encontrarse.

Sale

Escena I Acto II

Entra Romeo solo

ROMEO: ¿Puede avanzar si aquí mi corazón desea detenerse?

Se esconde. Entran Benvolio y Mercutio.

BENVOLIO: ¡Romeo! ¡Gentil Romeo!

MERCUTIO: A fe mía que, siendo hombre prudente, habrá ido a acostarse.

BENVOLIO: Iba hacia allí corriendo, y ha saltado la tapia... Llámale buen Mercutio.

MERCUTIO: Sí, le conjuraré también. ¡Romeo! ¡Loco! ¡Pasión! ¡Caprichos! ¡Amante!

¿Por qué no te apareces en forma de suspiro o en forma de poema para satisfacerme? Dí, al menos. “¡ay de mí”. Rima amor con ruiseñor. ¡Eh!
¿No me oyes? No se agita ni mueve. Se murió el simio. Tendré que conjurarlo. Yo te conjuro por los brillantes ojos de Rosalina y por su hermosa frente y labios escarlata, y por sus finos pies, su pierna en flor, su muslo trémulo y todo el territorio que lo envuelve, para que ante nosotros, así como eres, te aparezcas.

BENVOLIO: Si te oye, le encolerizarás.

MERCUTIO: No creo que se enoje. Tal vez le enojaría que hiciese penetrar dentro del hueco de su amada un espíritu extraño a su naturaleza, y, alzado, allí permaneciese hasta que ella lo hiciese descender con sus conjuros. Mi invocación es honrada y es justa. Yo sólo hago conjuros en nombre de su amada porque él pueda elevarse, hasta allá arriba.

BENVOLIO: Vamos. Se habrá ocultado entre los árboles buscando compañía de una noche tan húmeda. Su amor es ciego y quiere oscuridad.

MERCUTIO: Si el amor fuese ciego, no acertaría a dar en el blanco. Ahora esta sentado a la Sombra del níspero, queriendo que su amada sea la fruta. ¡Ah Romeo, si así Fuera! ¡Ay si ella fuese un fruto abierto, y tú, una pera madura! ¡Que tengas Buenas noches, mi Romeo! Yo me voy a mi cama. ¿Nos vamos?

BENVOLIO: Si; vayámonos; absurdo es buscar a quien quiere estar perdido.

Salen.

Escena II Acto II

Entra Romeo

ROMEO: Se ríe de la cicatriz quien nunca estuvo herido.

Entra Julieta

¿Qué luz es la que asoma por aquella ventana? ¡Es el Oriente! ¡Y Julieta es el sol!
Amanece tu, sol, y mata a la envidiosa luna que ya está enferma y pálida de dolor,
pues que tu, su doncella, en primor la aventajas. ¡No la sirvas ya más que ella te
envidia! Habla y no dice nada. Mas, ¡que importa! Lo hacen sus ojos y he de
responder. ¡ Mi esperanza, que necia, pues no es a mi a quien habla! Dos
estrellas del cielo entre las mas hermosas han rogado a sus ojos que en su
ausencia brillen es las esferas hasta su regreso. Mirad como sostiene su mano la
mejilla. ¡Fuera yo guante de esa mano, para poder acariciar su rostro!

JULIETA: ¡Ay de mi!

ROMEO: ¿Habla acaso?

JULIETA: ¡Oh, Romeo, Romeo! ¿Por qué eres tu Romeo?

¡Reniega de tu padre y reniega de tu nombre o jura al menos que me amas y
Dejaré de ser yo Capuleto.

ROMEO: ¿Debo escuchar aún o debo hablarle ahora?

JULIETA: Sólo tu nombre es mi enemigo. Tu eres tu mismo, seas Montesco o no. ¿Qué es
Montesco? ¡Si otro fuese tu nombre! ¿En un nombre que hay? Lo que llamamos
rosa aun con otro nombre mantendría su aroma. Romeo, dile adiós a tu nombre
pues que no forma parte de ti, y, a cambio de ese nombre, tómame a mi, todo mi
ser.

ROMEO: Te tomo la palabra. Llámame sólo “amor”, será un nuevo bautismo.

De ahora en adelante, ya no seré Romeo.

JULIETA: ¿Quién eres tu, cubierto por la noche, que me sorprendes en mis confidencias?

ROMEO: No, no basta con un nombre para decir quien soy. Mi nombre – cielo mío – yo mismo

lo detesto pues sé que es tu enemigo.

JULIETA: ¿No eres Romeo? ¿No eres un Montesco?

ROMEO: Ninguno de los dos, si a ti te desagrada.

JULIETA: Siendo quien eres tu, una muerte segura, si alguien de los míos alcanzara a encontrarte.

ROMEO: Tus parientes no han de poder intimidarme.

JULIETA: Si te encuentran aquí te mataran.

ROMEO: Temo el peligro de tus ojos, más, mucho más, que a veinte espadas.

JULIETA: ¿Quién te ha guiado a este lugar?

ROMEO: Fue el amor quien lo hizo; tomé consejo de él. A él le presté mis ojos.

JULIETA: ¿Me amáis? Ya lo sé, diréis que si, y os tomo la palabra, y juraréis y juraréis en falso.

ROMEO: Señora, por la sagrada luna, juro... Por quien cubre de plata las copas de los árboles...

JULIETA: No jures por la luna, no, la luna inconstante, que cambia cada mes en su órbita redonda, no sea que tu amor, como ella, se vuelva caprichoso.

ROMEO: ¿Por quién he de jurar?

JULIETA: ¡No has de jurar por nadie! O si lo haces, hazlo por ti mismo, tu eres el dios que adoro. Solo entonces te creeré.

ROMEO: Si el amor sagrado de mi alma...

JULIETA: ¡No, no jures! Amor, buenas noches; este amor tierno, madurado por el aliento del estío, será una hermosa flor cuando nos encontremos otra vez. Buenas noches.

Tenga tu corazón dulce reposo como el que cabe en mi. Oigo rumores en la casa.

Adiós amor.

Voces de la Nodriza desde dentro.

¡Ya voy, ama, ya voy! Sé fiel, dulce Montesco, y espérame, pues vuelvo presta a ti.

Sale.

ROMEO: ¡Oh, feliz, bendita noche! Solo temo que todo sea esta noche un sueño solo demasiado dulce para ser verdad.

Vuelve a asomarse Julieta.

JULIETA: Tres palabras aún, Romeo, y me despido. Si he de creer en tus votos de amor, si me Deseas como esposa, dímelo mañana, que te enviaré alguno, así como el lugar y Día de la ceremonia.

NODRIZA: (DESDE DENTRO) ¡Señora! ¡Julieta!

JULIETA: ¡Ya voy! Te enviaré mañana a alguien.

ROMEO: ¡Hacedlo, por mi alma!

JULIETA: ¡Mil buenas noches tengas!

Sale

ROMEO: ¡Mil malas noches tenga si me falta tu luz!

Vuelve a entrar Julieta.

JULIETA: ¡Romeo!

ROMEO: ¿Amor?

JULIETA: No puedo recordar por qué llamaba.

ROMEO: Aquí me quedaré hasta que os acordéis.

JULIETA: Yo podría olvidarlo y así te quedarías para siempre.

ROMEO: Me quedaré y haré que os olvidéis para siempre de cualquier otro lugar excepto este.

JULIETA: Debes marcharte... Ya amanece... Buenas noches, buenas noches. Es tan dulce la pena al despedirse que diría “buenas noches” hasta el amanecer.

Sale

ROMEO: Repose el sueño en tus ojos, y la paz en tu pecho. ¡Sueño y pecho fuera yo, y en ellos descansarás! Iré a la celda de mi confesor. He de pedirle su ayuda y le hablaré de mi feliz encuentro.

Escena III Acto II

Entra Fray Lorenzo con una cesta.

FRAILE: El alba de los ojos grises se burla de la torva noche. Y ahora, antes de que el sol avance su mirada ardiente, y salude al día, secando el húmedo rocío de la noche, he de llenar mi cesto con las yerbas dañinas y con las flores de precioso jugo. ¡Oh, cuán grandes y poderosos son los dones, plantas, yerbas, minerales...! Sí, ¡cuán grandes! Pues que nada hay tan vil sobre la tierra que en la tierra no dé frutopreciado. Nada tan bueno que, al desviarse de su digno uno, contra su origen no se alce, cayendo en el exceso, la virtud misma, si mal aplicada, en vicio se convierte. En el cáliz interno de esta débil flor habita un veneno que es, medicina, a un tiempo, que al olerse deleita al cuerpo todo, y que al probarse mata el corazón y los sentidos; como en las yerbas, se enfrentan gracia, instinto, tal reyes enemigos, se apoderan del hombre.

Entra Romeo.

ROMEO: Buen día tengáis, padre.

FRAY LORENZO: ¡Benedicte! ¿Qué dulce voz me saluda tan de mañana? ¡Hijo mío, señal es de intranquilidad el dar los buenos días tan temprano! Tu madrugar me dice que alguna agitación te despertó. Si no es así, y creo que acierto, Romeo no durmió anoche en su cama.

ROMEO: Bien cierto es eso último; dulce descanso el mío.

FRAY LORENZO: ¡Dios te perdone! ¿Has vuelto a estar con Rosalina?

ROMEO: ¿Con Rosalina? No, mi reverendo padre. Olvidé ya ese nombre, con sus amarguras.

FRAY LORENZO: ¡Ese es mi hijo bueno! ¿Dónde estuviste entonces?

ROMEO: Haciendo fiestas con mi enemigo estuve, y de repente, fui herido por alguien a quien herí yo del mismo modo. Remedio para ambos ha de ser vuestra ayuda y medicina.

Odio no tengo padre, y como veis, por mi propio enemigo intercedo yo mismo.

FRAY LORENZO: Habla claro, hijo mío, se breve en lo que digas, pues la confusa confesión, confusa absolución merece.

ROMEO: Lo diré llanamente: puse todo mi amor en la hermosa hija del rico Capuleto.

Y así como mi amor es suyo, lo mismo el de ella es todo mío. Todo está unido entre Nosotros. Falta que nos unáis en matrimonio. Cuándo, dónde, y cómo nos encontramos, hablamos de amor e intercambiamos votos, os lo diré por el camino. Sólo os Ruego que consistáis en bendecirnos hoy.

FRAY LORENZO: Oh, San Francisco bendito, el cambio es grande. ¿Y que hay de Rosalina, esa que amabas tanto? ¿Ya la olvidaste? El amor de los jóvenes no habita el corazón sino los ojos. Si alguna vez fuiste tu mismo, si los suspiros eran tuyos, tu y tus suspiros erais para Rosalina. ¡Y ahora has cambiado! Repite esta sentencia: “Jamás sucumbe la mujer si no sucumbe el hombre”.

ROMEO: ¡Nunca aprobasteis mi amor por Rosalina!

FRAY LORENZO: El delirio reprobaba, hijo mío, no el amor.

ROMEO: No me reprendáis, os lo ruego. La que ahora amo me regala con amor y gracia; la gracia y el amor no eran así con la otra.

FRAY LORENZO: Porque sabía que amabas de memoria aunque la letra no supieras. Pero ven mancebo veleidoso, ven conmigo. Te ayudaré solo por esto: porque esta unión puede llegar a ser, y tornar en amor el odio entre familias.

ROMEO: Vayamos pues con toda urgencia.

FRAY LORENZO: Con juicio y poco a poco, no sea que tropecemos.

Salen

Escena IV Acto II

Entran Benvolio y Mercutio.

MERCUTIO: ¿Dónde demonios puede estar Romeo? ¿No volvió a casa anoche?

BENVOLIO: No a casa de su padre. Hablé con su criado.

MERCUTIO: Esa pálida joven de duro corazón, esa Rosalina, tanto le atormenta que le
Quitará el sentido.

BENVOLIO: Tybalt, el pariente del viejo Capuleto, ha enviado una carta a casa de Romeo.

MERCUTIO: ¡Un desafío, por mi vida!

BENVOLIO: Romeo tendrá que dar respuesta.

MERCUTIO: Cualquiera que sepa escribir puede dar respuesta.

BENVOLIO: No, el será quien conteste, y desafiará al autor, ya que lo desafían.

MERCUTIO: ¿Es hombre Romeo para enfrentarse a Tybalt?

BENVOLIO: ¿Pues quién es ese Tybalt?

MERCUTIO: Algo más que el príncipe de los gatos, te lo digo en verdad; es un valeroso
maestro de armas ¡Y cómo se bate!

Entra Romeo

BENVOLIO: ¡Ahí llega Romeo!

MERCUTIO: ¡Bonjour , señor Romeo! ¡Un saludo en francés para unos pantalones
franceses! ¡Buena nos la diste anoche, con moneda falsa!

ROMEO: Buenos días a los dos. ¿Y qué decís que os dí?

MERCUTIO: Nos diste de codos. ¿Entiendes?

ROMEO: Pardon, buen Mercutio. Tenía que resolver algo de importancia, y en un caso así, un
hombre olvida la cortesía.

MERCUTIO: Eso es como decir que en casos como el tuyo bien puede un hombre apretar
las nalgas.

ROMEO: ... quieres decir para saludar.

MERCUTIO: ¡Mira con cuanta gracia entiende!

ROMEO: ... es que resulta cortés tu exposición.

MERCUTIO: Sí, soy “ la rosa” de la cortesía.

ROMEO: Como una flor rosa.

MERCUTIO: Eso es.

ROMEO: ¡Mira! ¡Si hasta “ el taco” me ha florecido!

MERCUTIO: ¡Cierto! Sigue con la broma hasta que “ el taco” se te gaste, que cuando se gaste “el taco”, quedará solo la broma, por el desgaste.

ROMEO: ¡Solo la suela sin “ el taco”!

MERCUTIO: Separadnos, buen Benvolio. Mis sentidos comienzan a desfallecer.

ROMEO: ¡Fusta y espuelas o declararé una lucha!

MERCUTIO: Mas tienes de salvaje y de ganso en uno solo de tus sentidos que yo en los cinco.

ROMEO: Tu nunca tuviste cinco sentidos.

MERCUTIO: Te morderé en la oreja por esa argucia.

ROMEO: ¡Oh, no me mordáis, gansa mía, no!

MERCUTIO: ¡Cómo se le estira “ el ingenio” a cabrito, de lo estrecho de una pulgada a lo ancho de una vara!

ROMEO: Lo estiro hasta lo que indica la palabra “ ancho”.

MERCUTIO: ¡Así me gusta! ¿No es mejor esto que estar lloriqueando por amores?

Ese es mi amigo, así es Romeo. Así es como te hicieron el arte y la naturaleza.

Ese amor absurdo tuyo semejaba a uno de esos necios que corren, arriba y abajo, buscando donde clavar... el acero.

BENVOLIO: Basta, basta, detente.

ROMEO: Una vela a la vista...

Entran la Nodriza y Pedro

¡Vela, vela!

MERCUTIO: ¡No una, sino dos! ¡Una camisa y un camisón!

NODRIZA: ¡Pedro!

PEDRO: Aquí estoy.

NODRIZA; Pedro... mi abanico.

MERCUTIO: Sí, Pedro, para que se tape la cara. ¡Por lo menos el abanico es hermoso!

NODRIZA: Buenos días tengáis, mis caballeros.

MERCUTIO: Y a vos, muy buenas tardes, nobilísima señora.

NODRIZA: ¿Cómo buenas tardes?

MERCUTIO: Y tan buenas, ya lo creo. Tocando está la caliente mano del reloj las partes del mediodía.

NODRIZA: ¡ Quita, quita! ¡Menudo hombre!

MERCUTIO: Un hombre, nobilísima señora, a quien Dios creó para que el mismo se perdiera.

NODRIZA: Bien dicho, por mi vida, “ para que el mismo se perdiera”. Caballeros, ¿alguno de

Los presentes puede decirme por dónde se ha perdido el joven Romeo?

ROMEO: Yo soy el más joven con ese nombre, a falta de otro peor.

NODRIZA: Si sois el que busco, os tengo que decir algo aparte.

BENVOLIO: Le querrá invitar a una comida.

MERCUTIO: ¡atención! ¡Una celestina, una alcahueta, atención, atención!

ROMEO: ¿Habéis encontrado algo?

MERCUTIO: No hemos encontrado libre ni coneja. Sólo una empanada de Curesma ya rancia antes de que le hinques el diente.

Canta

Romeo, vamos a vuestra casa. Hemos de cenar allí. Adiós, mi anciana señora,

Adiós, adiós, adiós.

Salen Mercutio y Benvolio.

NODRIZA: Sí, adiós, adiós. ¡Grandísimo sinvergüenza! ¿Cree que soy una de sus putas; o alguna de sus amigas callejeras que cargan siempre con una cuchilla? **(Se vuelve hacia Peter)** ¿Y tú, que haces ahí, tan tieso, dejando eu cualquier sinvergüenza haga conmigo cuanto se le antoje?

PETER: Nunca vi a nadie que hiciera contigo según su antojo. Hubiera sacado rápido el arma, te lo aseguro.

NODRIZA: ¡Delante de Dios lo juro! ¡Mira como tiembla mi cuerpo con las vejaciones que he sufrido! ¡Miserable, bribón! Una palabra, señor, os lo ruego, mi joven señora me envió a buscaros.

ROMEO: Dile que invente una manera de ir esta tarde a confesarse a la celad de fray Lorenzo, que allí tendrá lugar la boda y confesión. Toma, por las molestias.

NODRIZA: No señor, ni un penique.

ROMEO: Vamos, vamos, te digo que lo tomes.

NODRIZA: ¿Esta tarde, señor? Allí estará.

ROMEO: Adiós. Sedme fiel y os recompensaré. Adiós. Y encomendadme a vuestra dueña.

Sale Romeo

NODRIZA: Sí, una y mil veces. ¡Pedro!

PEDRO: ¡Ya voy!

NODRIZA: Pedro, parte delate. En marcha.

Salen

Escena V Acto II

Entra Julieta

JULIETA: Daban las nueve cuando al ama envié, y prometió que aquí estaría en media hora.

¿Y si no le ha encontrado? No, no es posible. El sol brilla ahora en el cénit más alto de su viaje diurno, y de las nueve hasta las doce muy largas son tres horas, y aún no vuelve.

Entran la Nodriza y Pedro

¡Oh, dios! ¡Ya está aquí! Dulce ama, ¿qué noticias traéis? ¿Le encontrasteis?
Despide al criado.

NODRIZA: Pedro, espérame en la puerta.

Sale Pedro.

JULIETA: Ea, dulce ama. ¡Dios! ¿Por qué ese semblante? Dame noticias tristes, pero sonriendo, y si son alegres no estropees su música tocándola con semblante tan hosco.

NODRIZA: Dejadme respirar, estoy rendida. ¡UH! ¡Que dolor de huesos! ¡Que modo de correr!

JULIETA: ¡Tuvieses tú mis huesos y yo tus nuevas! ¡Venga te lo ruego, habla, ama carísima!

NODRIZA: ¡Jesús, que prisa! ¿No podéis esperar? ¿No véis que me falta el aliento?

JULIETA: ¿Cómo es que te falta el aliento cuando tienes aliento para decirme que te falta el aliento? ¿Son buenas o malas las noticias? ¡Contéstame!

NODRIZA: ¡Uf! ¡Que dolor de cabeza! ¡Señor! ¡Y también la espalda, ah, mi espalda!

JULIETA: Siento que no te encuentres bien, dulcísima nodriza. ¿Qué te dijo mi amor?

NODRIZA: Dice vuestro amor, cual caballero honesto, y cortés, y bondadoso, y bello y...
lo juro, virtuoso. ¿Dónde esta vuestra madre?

JULIETA: ¿Qué donde esta mi madre? ¿Y por que? Está adentro. ¿Dónde habría de estar?

NODRIZA: ¿Tenéis permiso para ir a confesar hoy?

JULIETA: Lo tengo.

NODRIZA: Andad pues a la celda del fraile que allí hay un marido para desposaros.

¡La sangre del deseo sube por tus mejillas! Ea, a la iglesia. Yo iré por otro atajo. Soy hora aquel que suda por conseguir tu goce, aunque pronto serás tu

quien aguante esta noche todo el peso. Yo voy a comer. Y tu, a la celda.

JULIETA: Vuelo hasta la felicidad suprema. Ama, adiós.

Salen

Escena VI Acto II

Entran Fray Lorenzo y Romeo

FRAY LORENZO: Sonría el cielo por el rito sagrado para que el tiempo futuro no nos culpe.

ROMEO: ¡Amén, amén! Que venga el dolor que no podrá compararse al deleite de un corto

momento ante ella. Juntad vuestras manos con palabras santas, y que la muerte

destructora del amor, actúe; me basta con poder llamarla mía.

FRAY LORENZO: Amaos pues con juicio. Más durará el amor pues quien se apresura llega

tarde , tarde quien va despacio.

Entra Julieta

Ahí viene la dama. Un pie ligero no ha de consumir la piedra eterna.

JULIETA; Buenas tardes, padre confesor.

FRAY LORENZO: Romeo te dará las gracias por los dos, hija mía.

JULIETA: También se las deseo a él para que ahorre palabras.

FRAY LORENZO: Venid, venid conmigo. Abreviaremos. Con vuestro permiso no he de

dejaros solos hasta que la Iglesia haya hecho uno de los dos.

Salen.

ACTO III

Acto III Escena I

Entran Mercutio, Benvolio y otros hombres.

BENVOLIO: Te lo ruego, Mercurio, vámonos.

Está caliente del día y andan los Capuleto por ahí. En días de calor bulle febril la sangre

MERCUTIO: Vamos, vamos que eres mancebo de sangre caliente como los que hay

Italia, y tan presto a provocar la pelea como a pelear si te provocan.

BENVOLIO: ¿Y que pasa?

MERCUTIO: Nada, nada, sólo que si hubiese dos como tu pronto no habría ninguno, pues os mataríais el uno al otro. ¡Tu! ¡Si! ¡Tu! Pelearías con cualquiera solo por toser en la calle, acusándole de haber despertado a tu perro que dormía al sol. ¿No reñiste una vez un sastre porque llevaba jubón nuevo antes de Pascua?

\ ¿Y con ese otro porque usaba cordones viejos en zapatos nuevos? ¿Y eres tu quien viene a sermonearme a mi sobre peleas?

BENVOLIO: Fuese yo tan presto a la pelea como lo eres tu, cualquiera compraría simplemente la propiedad de mi vida por hora y cuarto.

MERCUTIO: ¡La propiedad simplemente! ¡Oh, mente simple!

Entra Tybalt y otros.

BENVOLIO: Por mi cabeza, aquí vienen los Capuleto!

MERCUTIO: Por las suelas de mis zapatos que no me importa.

TYBALT: Buenas tardes, señores. Una palabra con uno de vosotros.

MERCUTIO: ¿Solo una palabra? ¿Con uno de nosotros? ¿No con los dos? ¡Que sea una y un solo toque!

TYBALT: Siempre estoy listo para eso. Tan sólo dame una ocasión.

MERCUTIO: ¿Dároslo yo? ¿No podéis tomar sin que os den?

TYBALT: De concierto andas con Romeo..., Mercurio.

MERCUTIO: ¿De concierto? Nos confundes con trovadores ya que por cantantes nos

tomáis. Entonces preparaos para el concierto que estará lleno de desentonos.

Aquí tienes el arco de mi violín. Te haré bailar con esto. ¡De concierto!

BENVOLIO: Aquí estamos en medio de la gente. Vayamos hacia un lugar más apartado, a discutir con calma tus ofensas o retirémonos. Todo el mundo nos está mirando. Tienen los ojos puestos en nosotros.

MERCUTIO: Los ojos están hechos para ver, ¡dejad que vean! No me pienso mover por complacer a nadie.

Entra Romeo

TYBALT: La paz sea con vos. Aquí llega mi hombre.

MERCUTIO: Adelante y veamos si os sigue; sólo entonces vuestra señoría podrá decir “mi hombre”.

TYBALT: Romeo, por el amor que te profeso he de decirte solamente una cosa: que eres un villano.

ROMEO: Tybalt, la razón que tengo para amarte hace que te perdone la violencia que acompaña al saludo; no soy villano. Adiós, por tanto. Ya veo que no me conoces.

TYBALT: Mancebo, no hay excusas para las ofensas que me infieres. En guardia pues, y desenvaina.

ROMEO: Nunca ninguna ofensa os inferí, antes bien te amo más de lo que imaginarías sin conocer la razón de ese amor mío. Buen Capuleto, quedad contento pues vuestro nombre es tan querido para mi como el mío propio.

MERCUTIO: ¡Oh que vil sumisión paciente y deshonrosa! Decidme esto “alla stocata”
¡Tybalt! ¡Cazarratas! Sí, tú, ¿quieres pelear?

Desenvaina

TYBALT: ¿Qué deseas de mi?

MERCUTIO: ¡Tú, rey de los gatos! Solo quiero una de tus nueve vidas. Haré con ella como me

Plazca y según sea conmigo tu comportamiento, sacudiré el polvo a las otras

Ocho. Saca tu acero hasta las orejas. ¡Pronto!

TYBALT: A tu disposición.

Desenvaina

ROMEO: Gentil Mercutio, depón tu espada.

MERCUTIO: ¡Venga mi señor! ¡Vuestro golpe!

Luchan

ROMEO: Saca tu acero, Benvolio. Y oblígales a deponer sus armas. Os lo ruego señores, evitad

La afrenta. Tybalt, Mercutio, el propio príncipe prohibió la reyerta en nuestras calles.

¡Detente, Tybalt! ¡Y tu, Mercutio!

Tybalt hiere a Mercutio

UN COMPAÑERO: ¡Huyamos, Tybalt!

Salen Tybalt y sus compañeros.

MERCUTIO: ¡Estoy herido! Caiga la peste sobre vuestras dos familias. Acabó conmigo.

El se fue sin ningún daño.

BENVOLIO: ¡Estás herido!

MERCUTIO: ¡Sí! ¡Sí! ¡Un rasguño! ¡Suficiente!

ROMEO: ¡Valor, hombre! No herida no es tan grande.

MERCUTIO: No, no tan profunda como un pozo ni tan ancha como la puerta de un templo.

Pero es suficiente. Servirá. Preguntad por mi mañana y me encontrarán en una

tumba. Malditas sean vuestras familias. ¡Malditos! ¡Perro! ¡Rata! ¡Ratón!

¡Maldito tú, gato! ¡Matar a un hombre así; de un arañazo! Tú, fanfarrón,

villano, canalla, que peleabas según las reglas de la aritmética... ¿Por qué

demonios te interpusiste entre los dos? Me hirió pasando el acero por debajo

de tu brazo.

ROMEO: Pensé que era lo mejor.

MERCUTIO: Llévame a casa de alguien, Benvolio. Me voy a desmayar. Malditas sean vuestras familias. Carne para gusanos me hicieron. Acabado. Bien acabado.
¡Vuestras familias!

Salen Mercutio y Benvolio.

ROMEO: Este gentilhombre, pariente cercano del Príncipe, y mi mejor amigo, herido por la muerte, todo por mí... ya mi reputación está manchada por la ofensa de Tybalt... Tybalt es primo mío tan sólo una hora... Oh, mi dulce Julieta, me ha afeminado tu belleza, y en mi temple se ablanda el acero del valor...

Entra Benvolio

BENVOLIO: ¡Romeo! ¡Romeo! El valeroso Mercutio ha muerto, su espíritu gallardo voló al cielo tras denostar la tierra inoportunamente.

ROMEO: Sobre muchos otros días el oscuro destino de este día se cierne. Se inicia ahora lo que otros han de terminar.

Entra Tybalt

BENVOLIO: Vuelve el furioso Tybalt.

ROMEO: ¡ Vivo y triunfante, y Mercutio muerto! Tú Tybalt, el villano que me gritaste te lo devuelvo ahora: el alma de Mercutio se cierne sobre nuestras cabezas, y espera que la tuya vaya también a hacerle compañía. Tu, o yo, o los dos juntos, nos iremos con el.

TYBALT: Estúpido mancebo, tú que con él estabas siempre, con él te irás.

ROMEO: Que este acero decida.

Luchan. Cae Tybalt.

BENVOLIO: ¡Huye, Romeo, huye! La gente está acudiendo y Tybalt cayó herido. No te quedes ahí. El Príncipe hará que te den muerte si te apresan. ¡Huye, huye!

ROMEO: Soy un juguete del destino.

BENVOLIO: No te quedes ahí.

Sale Romeo. Entra el Príncipe, Montesco, Capuleto, sus esposas y otros.

PRINCIPE: ¿Dónde están los que provocaron la reyerta?

BENVOLIO: Noble Príncipe, yo puedo referiros al lamentable curso de esta lucha fatal.
ahí en el suelo está quien ha herido Romeo, y que a su vez hirió al valiente
Mercutio.

LADY CAPULETO: ¡Tybalt, sobrino! ¡El hijo de mi hermano! ¡Príncipe! ¡Esposo!
¡Se ha derramado sangre de uno de los míos! Príncipe, pues sois justo,
¡derrámese por la nuestra, sangre de los Montesco! ¡Oh, Tybalt! ¡Tybalt!

PRINCIPE: Benvolio, ¿quién comenzó la lucha?

BENVOLIO: Tybalt, el que yace aquí herido por Romeo. Romeo habló en verdad, le recordó lo
vano de la lucha. Tybalt asesta una traidora estocada de muerte contra el gentil
Mercutio, Tybalt huye. Vuelva más tarde ante Romeo en quien ya había prendido
la idea de vengarse, y, tal si fuesen rayos, se lanzan a la lucha. Iba yo a
separarlos con el acero, y ya entonces caía herido Tybalt, y huye entonces
Romeo. Esta es la verdad, o que muera Benvolio.

LADY CAPULETO: Es uno de los suyos. El afecto le hace mentir. No ha dicho la verdad.
¡Pido justicia! Que haga justicia el Príncipe. Romeo mató a Tybalt.
Romeo debe morir.

ROMEO: Romeo le hirió, más el hirió a Mercutio. ¿Quién nos devolverá ahora su preciada
sangre?

MONTESCO: ¡Romeo no será! ¡El era amigo de Mercutio, Príncipe! Su culpa pone fin a lo que
Segaría la justicia: ¡la vida de Tybalt!

PRINCIPE: Por su ofensa decretamos ahora su inmediato exilio. No he de escuchar más

Excusas ni ruegos; ni plegarias ni lágrimas repararán estos abusos. Absteneos pues. Que Romeo parta de inmediato, pues ésta será su última hora si le encontramos. Retirad este cuerpo de aquí. Seguid mis órdenes. Sería delito perdonar a los que Matan.

Salen

Escena II Acto III

Entra Julieta

JULIETA: ¡Extiende tu negro manto, oh noche protectora del amor! ¡Y tu sol, cierra tus ojos ya!

Que Romeo venga, inadvertido, en silencio, a mis brazos. Los amantes celebran sus amorosos ritos con la sola luz de su belleza, pues siendo ciego busca el amor la noche. Ven, noche oscura . Ven, noche, ven Romeo, ven tú, día de la noche. Tú que yaces sobre alas nocturnas , y en ellas más blanco apareces que la nieve sobre el cuervo. ¡Ven, dulce noche, amor de negro rostro! Llega el ama...

Entra la Nodriza con una escalera de cuerda.

Y trae noticias, y todas las lenguas que nombran el nombre de Romeo, hablan con Elocuencia celestial. ¿Qué hay de nuevo? ¿Por qué retuerces tus manos así?

NODRIZA: ¡Ay de este día! ¡Ha muerto! ¡Ha muerto! ¡Ha muerto! Sí, perdidas estamos, mi señora, ¡ay! Perdidas. ¡Ay de este día! ¡Ha muerto! ¡Ha muerto! ¡Ha muerto!

JULIETA: ¿Puede el cielo ser tan cruel?

NODRIZA: Romeo puede lo que no puede el cielo. ¡Oh Romeo, Romeo! ¿Quién pudo suponerlo? ¡Ay! ¡Romeo!

JULIETA: ¿Quién eres tu, demonio, que de este modo me atormentas? Sólo en el infierno horrible podría surgir este suplicio. ¿Se dio muerte Romeo?

NODRIZA: La herida, yo la he visto con mis propios ojos. - ¡Dios me proteja! – aquí en su pecho de hombre. ¡Triste cadáver! ¡Cadáver triste, ensangrentado! ¡Oh, Tybalt,

Tybalt! ¡Mi mejor amigo! ¡Oh, gentil Tybalt, honesto caballero! ¡Haber sobrevivido para verte morir!

JULIETA: ¿Qué huracán es éste que sopla contrario? Esta herido Romeo? ¿Y Tybalt muerto? Mi pariente... querido... y amado señor... ¿Puede alguien vivir cuando han muerto los dos?

NODRIZA: Tybalt está muerto, Romeo ha sido desterrado. Romeo le mató, y lo desterraron.

JULIETA: ¡Dios! ¡La mano de Romeo virtió sangre de Tybalt!

NODRIZA: ¡sí! ¡sí! ¡Lo hizo, sí!... ¡Ay de este día!

JULIETA; Oh, corazón de serpiente bajo un rostro afable. ¡Tirano hermoso! ¡Angel y demonio! ¿Existió alguna vez un libro tan falso en contenido, con tan bellas cubiertas? ¿Por qué vive el engaño en lugar tan lujoso?

NODRIZA: Ya no existe verdad, ni fe, ni hombres de bien, sólo perjuros falsos, inicuos, hipócritas tan sólo. Dame “Aqua vitae”. Tanto horror, aflicción, tristeza, me han envejecido. Caiga sobre Romeo la vergüenza.

JULIETA: ¡Cubrán las llagas tu lengua por ese deseo! No nació para el oprobio.

La venguenza se avergüenza de posarse en su rostro, puesto que es trono donde el honor podría coronarlo rey, monarca de la tierra y el universo todo. Al reprocharle, que torpe he sido.

NODRIZA: ¿Hablarás bien de quien mató a tu primo?

JULIETA: ¿He de hablar mal de quien es ya mi esposo? ¡Ah, mi señor! ¿Qué lengua ha de Ensalzar tu nombre, cuando yo, ha tres horas tu esposa, yo lo he mancillado? Mas di, villano, ¿Por qué mataste tu a mi primo? ... Seguro que mi primo, ese villano, quiso matarte... ¡Mi esposo vive! Y Tybalt quería matarle... Tybalt, que ha muerto, habría matado a mi esposo... Ya que todo es consuelo, ¿Por qué llorar entonces? Tybalt está muerto, y Romeo... ha sido desterrado. Recoge esas cuerdas.

Pobre escalera, nos engañaron a los dos, a ti y a mi, pues Romeo ha sido desterrado.

NODRIZA: Id a vuestro aposento. Yo encontraré a Romeo para que te consuele. Yo sé bien donde está, ¿me oís? Vuestro Romeo estará aquí esta noche. Voy en su busca. Está escondido en la celda de Fray Lorenzo.

JULIETA: ¡Encuétralo! Dale este anillo a mi fiel caballero y dile que venga a darme su último adiós.

Escena III Acto III

Entra Fray Lorenzo

FRAY LORENZO: ¡Romeo, salid! ¡Eh! ¡Salid! La desdicha se ha prendado de ti y tu te desposaste con la calamidad.

Entra Romeo

ROMEO: Padre, ¿qué noticias traéis? ¿Cuál es la sentencia del Príncipe?

FRAY LORENZO: Te han desterrado de Verona. Pero no temas porque es ancho el mundo.

ROMEO: Más allá de Verona, no existe el mundo para mi. ¡Tan sólo el purgatorio, la tortura, el mismo infierno! Así pues, desterrado estoy del mundo. Y el exilio del mundo no es sino la muerte, una muerte con otro nombre.

FRAY LORENZO: Tu pecado merecía la muerte, y el buen Príncipe, comprensivo, deja a un lado la ley, y muda la palabra, “muerte” por “exilio”. Esto es bondad aunque no quieras verla.

ROMEO: Tortura y no bondad. Aquí está el cielo donde Julieta vive.

Tocan a la puerta.

FRAY LORENZO: Llaman a la puerta. Escóndete, Romeo.

ROMEO: No, a menos que el aliento de mis dolorosos suspiros, como la niebla, me esconda de los ojos que me buscan.

Llaman

FRAY LORENZO: ¡Qué forma de llamar! ¿Quién va? ... Romeo, van a prenderte...

¡Esperad un momento! Corre a mi estudio. ¡Deprisa! ¿Qué locura es esta?

Dios. Ya voy. ¡Ya voy!

Llaman

¿Quién llama de este modo? ¿De dónde venís? ¿Qué queréis?

NODRIZA: Dejadme entrar, y sabréis lo que quiero. Me envía mi ama Julieta.

FRAY Lorenzo: Sed bienvenida, entonces.

Entra la Nodriza

NODRIZA: Decidme, santo padre, decidme, ¿Dónde está el dueño de mi señora?

Romeo, ¿Dónde esta?

ROMEEO: Nodriza...

NODRIZA: ¡Vamos, señor, vamos! Sólo la muerte es fin de todo.

ROMEEO: ¿Hablabais de Julieta? ¿Cómo decís que está? ¿No me considera un asesino

despreciable, ahora que he manchado la infancia de nuestra felicidad con sangre casi suya?

NODRIZA: Nada, señor, nada. Sólo llorar y llorar. Ya se postra en el lecho, o se levanta, y

llama a Tybalt; luego grita "Romeo", y vuelve a postrarse otra vez.

ROMEEO: Decid, padre, decidme en que parte vil de mi cuerpo se aloja mi nombre;

decídmelo para que pueda destruir esta odiosa mansión.

Desenvaina su espada.

FRAY LORENZO: Detén esa mano desesperada. ¿Eres un hombre? Por fuera lo pareces, pero tus lágrimas son de mujer; tu violencia indica la furia salvaje de una bestia; mujer oculta bajo apariencia de hombre, monstruoso animal que aúna los dos sexos. Me desconciertas. Por mis sagradas ordenes, creí que tu ánimo

era mucho mas fuerte. Ya mataste a Tybalt, ¿Te matarás tu ahora?
También a la esposa que vive para ti, dejándote llevar por ese odio
execrable? Ve al encuentro de tu amada, según lo convenido. Trepa a su
cámara y dale consuelo. Pero no vayas a quedarte hasta la guardia, pues no
llegarías a la ciudad de Mantua donde habrás de vivir hasta que consigamos
anunciar vuestro matrimonio, reconciliar a los vuestros, pedir clemencia al Príncipe, y hacerte volver con una alegría dos mil veces
superior al llanto que derramasteis al partir.

NODRIZA: Le diré a mi señora que iréis, señor.

ROMEO: Sí, y decidle a mi amada que se disponga a reprobarme.

La Nodriza hace intención de salir pero vuelve.

NODRIZA: Aquí os entrego el anillo que me dio para vos, y daos prisa, os lo ruego que se está
haciendo tarde.

Sale

ROMEO: Vuelven a renacer mis esperanzas.

FRAY LORENZO: Id pues; buenas noches. En esto está vuestro destino. Marchaos antes de que
Llegue la guardia, o salid con disfraz antes del amanecer. Dirigíos a
Mantua. Dadme vuestra mano. Es tarde. Buenas noches. Adiós.

Salen

Escena IV Acto III

Entran Capuleto, Lady Capuleto y Paris.

CAPULETO: Los acontecimientos fueron tan desventurados que apenas si pudimos hablarle
a nuestra hija. Tanto amaba ella a su primo Tybalt como yo mismo...

¡Bien, todos nacemos para morir!

PARIS: Estos tiempos de dolor no dejan tiempo para cortejar. Señora, buenas noches.

Encomendadme a vuestra hija.

LADY CAPULETO: Así lo haré, sabremos su opinión por la mañana. Esta noche es sólo presa del dolor.

Paris hace intención de salir, pero Capuleto lo llama.

CAPULETO: Conde Paris, yo comprometo formalmente a mano de mi hija. Ella se dejará guiar por mi en todo, así lo creo. Aún más, no tengo duda. Esposa mía, id a verla antes de acostaros y hacedle saber, ¿me oís? que el miércoles próximo... Pero no... ¿Qué día es hoy?

PARIS: Lunes, mi señor.

CAPULETO: Ah, sí, lunes. Entonces el miércoles es pronto. Digamos jueves... que sea jueves. Decidle que contraerá nupcias con este noble caballero. Así pues llamaremos a Media docena de amigos y nada más. ¿Qué os parece el jueves?

PARIS: Yo quisiera señor, que fuese jueves ya mañana.

CAPULETO: Bien, bien, ahora marchaos... El jueves... Sí. De acuerdo... Adiós, señor... A fe mía que es tan tarde que podremos decir muy pronto que es temprano. Buenas noches.

Salen

Escena V Acto III

Romeo y Julieta en el balcón.

JULIETA: ¿Has de partir ya? Aún está el alba lejos. El ruiseñor era y no la alondra, la que Penetró el fondo temeroso de tu oído. Canta todas las noches en aquel granado. Créeme, amor mío, era el ruiseñor.

ROMEO: Era la alondra, que ya anuncia el alba. No el ruiseñor. Debo irme y vivir, o aquí Esperar la muerte.

JULIETA: Aquella luz a lo lejos, lo sé, aún no es el alba, sino retazos de sol para que sean tu

Antorcha en medio de la oscuridad, y llenen de luz tu camino hasta Mantua.

Quédate pues. ¿Por qué marcharte ahora?

ROMEO: Sea yo prisionero. Denme ahora la muerte; que no hay más felicidad que servir tu Deseo. Diré que no es la alondra la que rasga con su canto la bóveda del cielo, y Que deseo permanecer, y no quiero dejarte. Hablemos, amor mío, que el día Duerme aún.

JULIETA: No, no duermes. Vete, que ya despierta. Vete ya, que ligera, se aproxima la luz.

ROMEO: Luz, más y más luz... más y más negro es nuestro pesar.

Entra la Nodriza

NODRIZA: ¿Señora?

JULIETA: ¿Ama?

NODRIZA: ¡Vuestra madre dirige sus pasos hacia aquí! ¡Tened cuidado! ¡Alerta!

Ya es de día.

Sale

JULIETA: Abrete, ventana, que la luz entre y mi vida se marche.

ROMEO: Adiós, adiós... un beso todavía.

Desciende

JULIETA: Ya marchó mi señor, y mi esposo, y mi amado, mi amigo...

ROMEO: Adiós... mi amor he de enviarte por cuantos medios tenga.

JULIETA: ¿Podremos vernos algún día?

ROMEO: Estoy seguro, sí. Y lo que ahora sufrimos será dulce recuerdo en días por venir.

Sale

JULIETA: ¡Fortuna! ¡Cruel fortuna! ¡Siempre tan mudable! Gira tu rueda,

Fortuna, no le retengas mucho tiempo. ¡Devuélveme pronto a mi Roneo!

Entra Lady Capuleto

LADY CAPULETO: ¿Cómo estás Julieta?

JULIETA: Madre, no muy bien.

LADY CAPULETO: ¿Lloras todavía la muerte de tu primo? Ea, pues, basta ya.

Algo de dolor es indicio de afecto, pero un excesivo dolor señal de desvario.

JULIETA: Sintiendo así la pérdida no puedo hacer sino llorarle.

LADY CAPULETO: No lloréis tanto su muerte; hacedlo por el villano que le asesinó, vivo todavía.

JULIETA: ¿Villano, dices, madre?

LADY CAPULETO: Sí, el que llaman Romeo.

JULIETA; ¡Dios le perdone! Que yo, de corazón, le he perdonado. ¡Tanto como el ningún otro hombre me aflige!

LADY CAPULETO: No temas, que nos vengaremos. Deja de llorar. Enviaré a alguien a Mantua donde este maldito renegado vive, y le daré una pócima tan extraña, que pronto irá a hacerle compañía a Tybalt.

JULIETA: Señora, si pudierais entrar a alguien que nos procurara el veneno, yo misma lo prepararía de tal suerte, que al tomarlo, Romeo se quedase dormido para siempre.

LADY CAPULETO: Tu encuentra la manera, que yo habré de encontrar a la persona.

Pero ahora quiero darte buenas nuevas, hija mía.

JULIETA: ¿ De que se trata? Habla, te lo ruego.

LADY CAPULETO: El próximo jueves, hija, muy temprano, el Conde Paris, en la Iglesia de San Pedro, tendrá la fortuna de hacerte su feliz esposa.

JULIETA: Os ruego que a mi padre, le digáis, señora, que aún no he de casarme. Y cuando lo haga, lo juro, ha de ser con Romeo, a quien sabéis odio, antes que con Paris.

LADY CAPULETO: Ahí llega tu padre. Díselo tu misma. Veamos como lo recibe de tu propia

boca.

Entran Capuleto y la Nodriza

CAPULETO: A la puesta del sol cae rocío, pero en la muerte del hijo de mi hermano llueve a Mares. ¿Qué hay Julieta? ¿Lloras todavía? ¿Cómo estáis esposa? ¿Le hablasteis de los planes?

LADY CAPULETO: Sí, señor. Pero nada quiere saber; os da las gracias. ¡Debería casarse con propia tumba!

CAPULETO: A ver, a ver... que yo lo entienda, esposa mía. ¿Cómo que no quiere? ¡Desgraciada! ¿No se siente orgullosa? ¿No se siente afortunada de que hayamos conseguido un caballero, un noble, que la despose?

JULIETA: No, orgullosa no: pero si agradecida. No se puede sentir orgullo de lo que se odia. pero sí agradecimiento por un odio servido con amor.

CAPULETO: Vaya, vaya. ¡Un trabalenguas! ¿Qué es todo eso? ¿"orgullo"? ¿"lo agradezco"? ¿"no orgullosa"? Con gracias o sin gracias, con orgullo o sin el, preparad

vuestras preparad vuestras lindas piernas el próximo jueves para ir con

Paris a la iglesia de San Pedro, o te arrastraré hasta allí. ¡Libertina! ¡Rebelde!

Te lo repito... ¡El jueves, a la iglesia!

LADY CAPULETO: Basta, basta, ¿habéis enloquecido?

NODRIZA: Señor, no hacéis bien en juzgarla así.

CAPULETO: ¿Y por que Doña Sabiduría? Ten tu lengua, doña Prudencia. ¡Ve con tus comadres!

NODRIZA: Ninguna ofensa dije.

CAPULETO: ¡Calla, gruñona! Sirve tu elocuencia en casa de comadres, que es prescindible aquí.

LADY CAPULETO: Estás excitado.

CAPULETO: ¡ Tu no te cases, y ya te perdonaré yo! Vete a pacer a donde quieras pero no en mi casa. ¡Piénsalo bien! ¡Considéralo! De otra suerte, haz que te ahorquen, mendiga, pasa hambre, muérete en la calle... Pero te lo juro, no te reconoceré como mía. Puedes estar segura. Piénsalo bien. No romperé mi juramento.

Sale

JULIETA: Escúchame tu, madre. No me dejes. Retrasa esas nupcias un mes, una semana...

Si no es así, prepara mi lecho de bodas en el sepulcro oscuro donde yace Tybalt.

LADY CAPULETO: No quieres hablarme, pues que nada diré. Haz como quieras.

Todo ha terminado.

Sale.

JULIETA: ¡Dios! ¡Dios! ¿Nodriza? ¿Cómo impedir todo esto? Aconséjame. ¿Nada decis?

¿Ni siquiera una palabra? ¡Consuélame, nodriza

NODRIZA: Helo aquí. Así pues, cuando las cosas como están, lo mejor sería que os casarais con el conde. ¡Menudo hombre es! A su lado Romeo es una insignificancia.

Maldita sea yo, mi corazón, si no sois feliz con este segundo matrimonio que en todo excede al anterior y, aunque así no fuera, el primero esta muerto...

Que más da que este vivo aquí, si no podéis usarlo.

JULIETA: ¿Salen del corazón esas palabras?

NODRIZA: Y del alma también... malditas sean las dos si miento.

JULIETA: ¡Amén!

NODRIZA: ¿Cómo?

JULIETA: Mucho me has consolado. ¡Maravillosamente! Entra y dí a mimadre que me he ido por haber enojado a mi padre, a ver a Fray Lorenzo para confesar y obtener su perdón.

NODRIZA: Ya lo creo que lo haré.

Sale

JULIETA: ¡Vete consejera! Tú y mi corazón serán ahora dos cosas diferentes.

Iré a la celda del fraile en busca de un remedio, y, si no lo hay, fuerzas encontraré
para morir.

Sale

Fin del tercer acto.

ACTO IV

ESCENA I

Entran FRAY LORENZO y el conde PARIS

FRAY LORENZO- ¿El jueves decís? No hay tiempo apenas.

PARIS- Mi padre Capuleto así lo ha decidido y no seré yo quien frene su premura.

FRAY LORENZO- Decís que no sabéis lo que ella siente; es ése un mal camino. No me gusta.

PARIS- Ella no hace más que llorar por Tybalt; poca ocasión ha habido para hablarle de amor. Su padre considera peligroso que se abandone tanto a su dolor y sabiamente apremia nuestra boda. Ya conocéis ahora la razón de esta prisa.

Entra JULIETA

PARIS- Feliz es este encuentro, mi señora y esposa.

JULIETA- Así será, señor, si un día soy su esposa.

PARIS- Ese «un día», amor mío, será el próximo jueves.

JULIETA- Lo que ha de ser, será.

FRAY LORENZO- Eso es muy cierto.

PARIS- ¿Venís a confesaros con el fraile?

JULIETA- Contestar a eso sería confesarme con vos.

PARIS- ¡Pobre alma mía! Cómo las lágrimas han surcado tu rostro!

JULIETA- Pobre victoria es ésa de las lágrimas. Pues que ya estaba mal antes de que irrumpiesen.

PARIS- Vuestro rostro es el mío y lo habeis calumniado.

JULIETA- Ciertamente ha de ser, puesto que no me pertenece. ¿Teneis tiempo, padre, ahora? ¿O preferís que vuelva tras la misa de tarde?

FRAY LORENZO- Sí, dispongo de tiempo, desconsolada hija, ahora. Señor, hemos de estar a solas.

PARIS- Dios no consienta que perturbe yo la devoción. Julieta, el jueves con el alba te despertaré. Hasta entonces, adiós. Guardad mi casto beso.

Sale

FRAY LORENZO- Comprendo tu dolor, Julieta, que supera todo lo que mi entendimiento puede soportar. He sabido que el jueves -¡sin retraso!- debes casarte con el conde Paris.

JULIETA- Padre, no me digáis que lo sabéis si no podéis decir como evitarlo. Si no viene en mi ayuda vuestra sabiduría, tendréis que aprobar mi decisión que yo sabré apoyar con esta daga. ¡No tardéis en hablar! Morir anhelo si cuando habláis, no habláis de solución.

FRAY LORENZO- Deteneos, hija mía, que veo aún esperanza de ejecución difícil, tan difícil como lo que queremos eludir. Si en vez de desposaros con el conde Paris, tuvierais el valor de

quitaros la vida, habéis de estar dispuesta, para escapar al deshonor, vos que para evitarlo os prestáis a morir, a una prueba que tiene apariencia de muerte; y que si osáis cumplir será vuestro remedio.

JULIETA- ¡Oh! Antes que desposar a Paris, ordenadme saltar de las almenas de una torre.

FRAY LORENZO- Bien, id a casa. Poneos una sonrisa y consented en casaros con Paris... Mañana es ya miércoles ... Mañana por la noche haced que os dejen sola; despachad a la nodriza de vuestro aposento. Bebeos esta ampolla cuando estéis en la cama, y apurad hasta el fin su licor destilado; pronto habrá de correr por vuestras venas un humor frío, soporífero. Tu pulso cesará; no seguirá su ritmo, sino que cesará; ni hálitos ni suspiros indicarán que vives, tus sonrosados labios y mejillas como ceniza palidecerán; se cerrarán ventanas en tus ojos, como morir cuando apaga el día de la vida; todos tus miembros, sin poder moverse, han de tornarse rígidos y duros, fríos como la muerte. Y en tu nueva apariencia mortal has de seguir durante cuarenta y dos horas, hasta que te despiertes como de un sueño dulce. Cuando tu prometido llegue por la mañana para que te levantes de tu lecho, estarás muerta. Entonces, y según es nuestra costumbre, te vestirán de gala y, en descubierto féretro, serás llevada hasta la antigua cripta donde yacen todos los Capuleto. Entretanto, y antes que te despiertes, Romeo conocerá, por carta, nuestros planes, y se apresurará a venir; él y yo mismo vigilaremos hasta tu despertar, y esa noche Romeo te llevará hasta Mantua. Esto os ha de librar de la vergüenza, a menos que un capricho o temor de mujer te hagan perder el valor necesario.

JULIETA- ¡Dádmelo! ¡Dádmelo! Y no me habléis de miedo.

FRAY LORENZO- Está bien. Márchate. Sé fuerte y ten valor en este trance. Enviaré un fraile enseguida hasta Mantua, con cartas a tu dueño.

JULIETA- Amor me dará fuerza, la fuerza necesaria. Adiós Padre.

Salen

ESCENA II

Entran CAPULETO, LADY CAPULETO y la NODRIZA.

CAPULETO- ¿Decís que mi hija fue a ver a fray Lorenzo?

NODRIZA- Sí, cierto es.

CAPULETO- De acuerdo. Quizá pueda hacerle bien a esta obstinada niña, terca y malcriada.

Entra JULIETA

NODRIZA- Miradla, ahí llega, feliz, de confesarse.

CAPULETO- ¿Cómo está mi cabezota? ¿Dónde fuisteis?

JULIETA- En donde a arrepentirme me enseñaron del gran pecado de desobediencia a vos y a lo que me pedís.

CAPULETO- Llamad al conde, y ponedle al corriente. Deseo que estos lazos queden bien atados por la mañana.

JULIETA- Encontré al joven conde en la celda de fray Lorenzo, y le di prueba de mi amor, como debía, sin exceder los límites de la modestia.

CAPULETO- ¡ Me alegro tanto! Está bien. Levantaos. Así es como debe ser. Deseo ver al conde. ¡Avisadle, digo! Traedle aquí. Por Dios digo que toda la ciudad debe reverenciar al santo fray Lorenzo.

JULIETA- Nodriz, ¿vendréis conmigo hasta mi alcoba? Debéis ayudarme a preparar las galas y los adornos que creáis adecuados para mañana.

LADY CAPULETO- No, no hasta el jueves. Aún hay tiempo de sobra.

CAPULETO- Id, nodriza. Id con ella. Mañana iremos a la iglesia.

Salen JULIETA y la NODRIZA

LADY CAPULETO- Nos va a faltar el tiempo. Es casi noche cerrada.

CAPULETO- Bah, yo me ocuparé; que todo estará preparado, esopsa mía, os lo aseguro. Id ahora con Julieta. Ayudadla a arreglarse. Yo no me acostaré. Iré yo mismo a avisar al conde Paris, que se apreste para mañana. Ligerito está mi corazón desde que esta hija obstinada ha sentado cabeza.

Salen

ESCENA III

Entran JULIETA y la NODRIZA

JULIETA- Sí, este vestido es el mejor. Pero, ama, os lo ruego, dejadme a solas esta noche; tengo necesidad de rezar mucho, y así serán los cielos indulgentes conmigo que, como ya sabéis, llena soy de pecado.

Entra LADY CAPULETO

LADY CAPULETO- ¿Sigues aún atareada? Deja que te ayude.

JULIETA- No es preciso, señora, ya elegimos todo lo que para mañana nos conviene. Dejadme a solas, os lo ruego. Permitid que esta noche quede el alma con vos, pues seguro que estáis muy ocupada con este asunto inesperado.

LADY CAPULETO- Buenas noches. Y vos, id a la cama, pues lo necesitáis.

Salen LADY CAPULETO y la NODRIZA.

JULIETA- Hasta siempre. Dios sabe cuándo volveremos a vernos. Un gélido temor corre ahora en mis venas y en mí casi congela el calor de la vida. He de llamarles para que me consuelen. ¡Ama! ¿Y qué va a hacer aquí? Mi escena fúnebre debo representarla a solas. Ven, cáliz, a mis manos. ¿Y si este brebaje no llegara a servir? ¿Me casarán por la mañana? Esto lo impedirá...

Saca una daga

¿Y si fuera un veneno que el fraile sutil ha preparado para darme muerte, porque esta boda no le deshonor a él, ya que fue él quien a Romeo me unió? Si fuera así... mas no lo creo, pues que es un hombre de virtud probada... ¡Ay de mí!, ¿no sucederá, que al despertar tan pronto, con el olor nauseabundo, y gritos como de mandrágora arrancada a la tierra, ¡los mortales que viven no soportan oírlos! ¿No sucederá que llegue a enloquecer rodeada de un terror espantoso, y en mí locura, me ponga a jugar con los huesos de mis antecesores, y arranque del sudario el cuerpo roto de Tybalt. ¡Ahí está, mirad, es el espíritu de mi primo saliendo en busca de Romeo que atravésá su cuerpo con una espada! ¡No, Tybalt, no! ¡Ya voy, romeo, ya voy! ¡Bebo por ti!

Cae en el lecho

ESCENA IV

Entran LADY CAPULETO y la NODRIZA

LADY CAPULETO- Ten, ama. Toma estas llaves y ve a buscar especias.

NODRIZA- El repostero quiere dátiles y membrillo.

Entra CAPULETO

CAPULETO- Venga, venga, a moverse que el gallo ya cantó por segunda vez. Ya son las tres y ha sonado la campana de queda. Tú, Angélica, cuida los asados, y en gastos no repares.

NODRIZA- Retiraos ya, señor Cocinillas. ¡A la cama o mañana estaréis indispuerto de tanto velar!

CAPULETO- En absoluto. Ya velé antes por razones menos importantes y jamás enfermé.

LADY CAPULETO- Sí, buen faldero fuiste en otros tiempos, pero ahora yo velaré y evitaré vuesta vigilia.

Salen LADY CAPULETO LADY CAPULETO y la NODRIZA

CAPULETO- ¡Vaya celosa apagavelas! ¡Y ya casi amanece! Pronto llegará el conde con los músicos. Dijo que así lo haría.

Suena música

Oigo que se acerca. ¡Nodriza! ¡Esposa! ¡Eh, Nodriza!

Entra la NODRIZA

Ve y despierta a Julieta; ayúdala a vestirse. Yo iré a charlar con Paris. Venga, deprisa. Deprisa que ha llegado el novio. ¡Deprisa, digo!

ESCENA V

La NODRIZA aparta el dosel

NODRIZA- ¡Señora! ¡Señora! ¡Julieta! ¡Vaya, cómo duerme! Venga, corderito, venga, mi niña. ¡Dormilona! Ea, te digo. ¡Señora! ¡Ea, criatura, mi novia, ea! ¿No contestas? Cómo te aprovechas, ¿eh? Duerme para una semana, porque esta noche, ya verás cómo el conde tiene bien dispuesta... su guardia... para que no tengas sosiego. ¡Dios me perdone! ¡ Y amén! ¡Cómo duerme! La despertaré. ¡Señora, señora, niña! Sí... deja que el conde te coja en la cama... ¡Menudo susto! ¿A que sí?... ¿Cómo? ¿Vestida? ¿Arreglada y vuelta a acostar? La despertaré. ¡Señora! ¡Niña! ¡Señora! ¡Dios mío! ¡Dios! ¡Está muerta! ¡Maldigo el día que me vió nacer! ¡Señora! ¡*My lord!* ¡*Aqua vitae!* ¡Señora!

Entra LADY CAPULETO

LADY CAPULETO- ¿Qué alboroto es éste?

NODRIZA- ¡Oh aciago día!

LADY CAPULETO- ¿Qué sucede?.

NODRIZA- ¡Mirad, mirad! ¡Oh día desventurado!

LADY CAPULETO- ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Mi niña! ¡Mi vida! ¡Despierta! Mírame o moriré contigo. ¡Ayuda! ¡Auxilio! ¡Pedid auxilio!

Entra CAPULETO

CAPULETO- ¡Que vergüenza! Haced salir a Julieta. Paris está aquí.

NODRIZA- ¡Ha muerto! ¡Está muerta! ¡Muerta!

LADY CAPULETO- ¡Está muerta! ¡Muerta! ¡Muerta!

CAPULETO- Dejad que la vea. Está fría. Ya no hay sangre en sus venas... Está rígida... Hace horas que la vida se escapó de estos labios. Escarcha prematura es sobre ella la muerte, la flor más hermosa de este valle.

NODRIZA- ¡Oh, día funesto!

LADY CAPULETO- ¡Día de duelo!

CAPULETO- La muerte me la robó para que grite... Tengo la lengua atada, no me es posible hablar.

Entran FRAY LORENZO y el conde PARIS

FRAY LORENZO- ¿Está la novia dispuesta para ir a la iglesia?

CAPULETO- Lo está para ir y no volver jamás. Hijo, la noche antes de las nupcias la muerte yació con tu esposa.

PARIS- ¡Tanto he esperado para ver el rostro de un día como éste, tanto para llegar a esta horrible visión...!

LADY CAPULETO- ¡Maldito día de desventura, odioso, fatal día! ¡Hora miserable... la peor que vieron los tiempos en la fatiga infinita de su peregrinar! ¡Mi única hija! ¡Aquella que yo tanto amaba! ¡La única razón de mi alegría, la única! Y la muerte, cruel, la arrebató de mis ojos.

NODRIZA- ¡Oh, día! Día lamentable, funesto día, el más triste de cuantos he vivido. Día funesto, día funesto... ¡Oh día funesto, funesto, funesto! Día lamentable, día infeliz, el peor de cuantos llegué a ver.

PARIS- ¡Oh, engaño, ofensa, soledad, tormento, muerte! Oh, muerte detestable, engañado por ti; por ti, cruel, por ti vencido. ¡Oh, amor! Oh, vida... ¡No, más vida no, sino la amada muerte!

CAPULETO- ¡Oh desprecio, odio, espanto, tortura, muerte! ¿Por qué viniste, oh tiempo inoportuno, a asesinar nuestra felicidad? ¡Mi niña, niña mía! ¡Mi alma, más que niña! ¡Estás muerta! ¡Mi niña está muerta! ¡Con ella quede mi gozo sepultado!

FRAY LORENZO- ¡Silencio pido! ¡Vergüenza! El remedio para el dolor no habita en el llanto. Vos y el Cielo erais dueños de esta niña. Ahora el Cielo os la roba y el beneficio es sólo para ella. Secad vuestras lágrimas. Cubrid de romero este hermoso cuerpo y, según la costumbre, llevadla al templo con sus mejores galas: que aunque naturaleza nos invita al llanto, júbilo de la razón son las lágrimas de la naturaleza.

CAPULETO- Todo lo que habíamos preparado para la fiesta servirá ahora para su funeral. Nuestros instrumentos serán campanas de tristeza; nuestra alegría por la boda, sera rito de

muerte; nuestros himnos solemnes elegías; nuestras flores, adornos para la sepulture; todo debe servir para lo que es su contrario.

FRAY LORENZO- Señor, entrad. Id, con él, señora. Y vos, conde Paris. Que cada cual se prepare para acompañar este hermoso cuerpo hasta su tumba. Los cielos se han encolerizado contra todos. No queráis irritarles más. Aceptad su designio.

Salen todos menos la NODRIZA, que cubre con romero el cuerpo y corre el dosel

ACTO V

ESCENA I

Entra ROMEO

ROMEO- Si he de creer en la verdad del sueño adulator, mis sueños son presagio de felices nuevas. Soñé que venía mi dama, y me encontraba muerto (extraño es que en sueños puede un muerto pensar). Y tanta vida me inspiraba besándome en los labios que renacía convertido en rey del mundo. ¡ Qué dulce es, ay de mí, poseer el amor cuando hasta en sueños tiene tanta alegría!

Entra BALTHASAR

¡Noticias de Verona! ¿Algo Nuevo, Balthasar? ¿Traes cartas de Fray Lorenzo? ¿Cómo está mi señora? ¿Y mi padre? ¿Qué hace Julieta? De nuevo lo pregunto, pues nada puede ir mal si ella se encuentra bien.

BALTHASAR- Ella está bien y nada está mal. Su cuerpo duerme en la tumba de los Capuleto y su alma, vive con los ángeles. Yo mismo la vi enterrar en la cripta de sus antepasados, y enseguida me puse en camino para decíroslo. Perdonadme por traeros estas malas noticias, pero vos mismo así me lo encargasteis.

ROMEO- No puede ser cierto. Yo os desafío, estrellas. Ya sabéis dónde vivo. Procuradme papel y tinta y alquila caballos de posta. Partiré esta noche.

BALTHASAR- Calmaos señor, os lo ruego. Vuestro rostro desencajado y pálido hace temer alguna desgracia.

ROMEO- ¡Te engañas! Déjame y haz lo que digo. ¿No traes cartas de Fray Lorenzo?

BALTHASAR- No, mi buen señor.

ROMEO- No importa. Vete ya. Y alquila esos caballos. Pronto estaré contigo.

Sale BALTHASAR

Bien, Julieta. Esta noche dormiremos los dos juntos. Veamos cómo... ¡Oh perdición, cuán rápida entras en la mente de los hombres desesperados...! Recuerdo que cerca de aquí vive un boticario. Le vi hace poco; vestía harapos; sus cejas muy pobladas; recogía hierbas. Mísera parecía su persona, pues la miseria le había consumido hasta los huesos. Ante tal miseria yo me dije a mí mismo: «Si un hombre tuviera necesidad de algún veneno cuya venta se castiga en las ciudades con la muerte cierto parece que este miserable se lo vendería». Este mismo pensamiento se adelantó a mi necesidad. Seguro es que este pobre me lo puede vender.

Entra el BOTICARIO

BOTICARIO- ¿Quién grita ahí?

ROMEO- Venid aquí, amigo. Sois pobre por lo que veo. Ahí tenéis cuarenta ducados. Procuradme una dosis de veneno, algo que actúe rápido, y que se dispare por las venas de modo que quien lo tome, cansado de la vida, caiga muerto, huyendo el hálito de sus labios con tanta violencia como lo hace la pólvora que estalla en las fatales vísceras del cañón.

BOTICARIO- Tengo una droga así. Pero la ley de Mantua castiga con la muerte a quien la venda.

ROMEO- ¿Andrajoso y desnudo como andas y tienes miedo a morir? ¿Qué ley del mundo existe para que prosperes? No sigas pobre. Rebélate. Toma esto.

BOTICARIO- Mi pobreza consiente, pero no mi deseo.

ROMEO- Compraré tu pobreza y dejaré intacto tu deseo.

BOTICARIO- Pon esto en cualquier líquido que bebas, y trágalo, que aunque tuvieras la fuerza de veinte hombres, morirás de inmediato.

ROMEO- Ahí tienes el oro... peor veneno para el alma, y más mortal, en este odioso mundo, que esas pobres hierbas que tienes prohibido vender. Yo te vendo el veneno. Tú ninguno me vendiste. Adiós.

Salen

Escena II

Entra FRAY JUAN

FRAY JUAN- ¡Hermano de San Fransisco! ¡Hermano!

Entra FRAY LORENZO

FRAY LORENZO- Parece la voz de Fray Juan. ¡Bienvenido! ¿Cómo ésta Romeo? Si me ha escrito, dadme la carta ya.

FRAY JUAN- Fui a buscar un hermano descalzo, uno de nuestra orden, para unirlo a mí, estaba en la ciudad visitando a un enfermo. Lo encontré en un momento en que la guardia sospechó que pudiese venir de alguna casa donde hubiese contagio de la peste. Sin dejarnos salir, selló las puertas, y así no pude hacer el camino hasta Mantua.

FRAY LORENZO- ¿Quién llevó mi carta hasta Romeo?

FRAY JUAN- Nadie... Aquí os la devuelvo. Ni siquiera pude encontrar un mensajero que os la devolviera. Tanto miedo había a la peste.

FRAY LORENZO- ¡Oh destino adverso! ¡Por mis santas órdenes! No era una carta trivial, sino de gran importancia por su información. Haberlo dejado sin entregar es muy peligroso. Id presto, hermano Juan. Traedme enseguida una barra de hierro a mi celda.

FRAY JUAN- Enseguida os la traeré.

Sale FRAY JUAN

FRAY LORENZO- Debo ahora ir yo solo a la tumba. Julieta despertará en tres horas. Me maldecirá cuando vea que Romeo no tenía noticias de todo esto. Escribiré de nuevo otra carta a Mantua. La guardaré en mi celda hasta que llegue Romeo... Pobre cadáver viviente... en una tumba.

Sale

ESCENA III

Entran PARIS y un PAJE, con flores y agua perfumada.

PARIS- Dame esa antorcha, mancebo. Espera ahí. No, no, apágala; que nadie me vea. Ve y tiéndete al pie de aquellos tejos. Silba si alguien se acerca. Dame esas flores y haz como te he dicho... Con flores, oh mi dulce flor, adorno tu lecho –Ay de mí, de polvo y piedra es tu dosel- que he de rociar cada noche con un agua de rosas, o al carecer de ella, con lágrimas que mi gemir destile. Mis exequias, las que yo te ofrendaré, serán de flores y de lágrimas.

El PAJE silba

El mancebo advierte la presencia de alguien. ¿Qué pasos malditos se acercan en la noche para turbar mi ofrenda y mi amoroso rito? ¿Una antorcha? ¡Noche, escóndeme por un instante!

Se retira. Entran ROMEO y BALTHASAR con una antorcha, una azada y una barra de hierro

ROMEO- Alcánzame el pico y la barra de hierro. Toma esta carta. Por la mañana ocúpate de entregarla a mi padre. ¡La luz, dámela! Y ahora te digo por tu vida: mantente lejos, oigas lo que oigas, y no interrumpas lo que veas que hago. No sólo descendiendo al lecho de muerte para volver a

contemplar el lecho de mi amada, sino para rescatar de sus dedos sin vida un anillo preciado, un anillo que debo usar en algo muy querido. Márchate, pues.

BALTHASAR- Ya me marchó, señor. No habré de molestaros.

ROMEO- Así mostrarás tu amistad. Toma esto, vive y que puedas prosperar. Adiós, amigo.

Sale. ROMEO abre el sepulcro.

PARIS- ¡Montesco, detén tus viles intenciones! ¿Quieres llevar tu venganza más allá de la muerte? Villano, renegado, te prenderé. ¡Obedece! ¡Ven conmigo porque debes morir!

ROMEO- Es cierto, moriré. A eso vine. Buen mancebo, sed gentil, y no tentéis a un hombre desesperado. Marchaos y dejadme. Pensad en los que murieron; que ellos os llenen de pánico. Os lo ruego, amigo, no arrojéis otro pecado sobre mi cabeza provocando mi ira. ¡Marchaos, por el Cielo!

PARIS- Yo desafío vuestros conjuros, y os hago preso por traidor.

ROMEO- ¿Me provocáis? ¡Desenvainad!

Luchan

BALTHASAR- ¡Están luchando! Llamaré a la guardia.

Sale

PARIS- Muero... Si os queda piedad, abrid la tumba y ponedme junto a Julieta.

Muere

ROMEO- Por mí que lo hare. Dejad que os vea. ¡El pariente de Mercutio! ¡El conde Paris! Os daré sepultura en esta tumba... ¿Tumba? Oh, no, no, sino luminaria. ¡Oh, tú, joven asesinado...! Pues en ella está Julieta, y su hermosura. Julieta, amada mía, ¿cómo puedes ser tan bella aún? ¿He de creer que el fantasma de la muerte se ha enamorado, y que el abominable monstruo te guarda aquí, en la oscuridad, para que seas su amante? Por temor de esto he de quedarme aquí para nunca más marchar de este palacio de noche oscura. Mirad, ojos, por vez última. Brazos, el último abrazo. ¡Labios, puertas de aliento, sellad con este beso legítimo un pacto eterno con la muerte que espera! ¡Bebo por mi amor! (*Bebe*) Tú, veraz boticario, rápida es tu droga! Con este beso... muero...

Cae

Entra FRAY LORENZO con una linterna, una palanca y una azada

FRAY LORENZO- ¡San Francisco me valga! ¡Cuántas veces esta noche tropezaron mis pies con estas tumbas! ¿Quién va?

BALTHASAR- Un amigo; alguien que os conoce bien.

FRAY LORENZO- Dios te bendiga. Dime, amigo mío. ¿Qué luz es aquella que alumbra en vano a gusanos y ciegas calaveras? Según parece arde en la tumba de los Capuleto.

BALTHASAR- Así es, reverendo padre; aquél es mi señor alguien a quien amáis.

FRAY LORENZO- ¿Quién?

BALTHASAR- Romeo.

FRAY LORENZO- ¿Cuánto tiempo está aquí?

BALTHASAR- Media hora o más.

FRAY LORENZO- Ven conmigo a la cripta.

BALTHASAR- No me atrevo. Mi señor cree que ya me he marchado. Me amenazó, airado, de muerte si me quedaba a espiar sus pasos.

FRAY LORENZO- Quédate entonces. Iré yo sólo. Miedo me da que haya podido ocurrir algo terrible.

BALTHASAR- Mientras dormía bajo este árbol soñé que mi señor luchaba con alguien, y que lo hería de muerte.

Sale

FRAY LORENZO- ¡Romeo!

Se detiene. Mira la sangre y las armas

¡Romeo!... ¡Oh, esa palidez! ¿Quién más?...¿Paris? ¡Bañado en sangre! ¿En qué cruel momento ocurrió tanta desgracia?... ¿Y Julieta?...¡Ya despierta!

JULIETA se levanta

JULIETA- ¡Oh padre y consuelo mío! ¿Dónde está mi señor? Recuerdo bien dónde debía encontrarme... Este es el sitio, pero, ¿y mi Romeo?

FRAY BLORENZO- Alguien se acerca...Señora, salid de este lugar. Vuestro esposo yace muerto junto a vos. Y Paris también...Venid, hare lo necesario para que os refugiéis en un convento. No hagáis ahora preguntas. Llega la guardia. Venid, Julieta. No puedo quedarme por más tiempo.

JULIETA- Id vos. Yo he de quedarme aquí. ¿Qué es esto?

Sale el FRAILE

Ahora lo entiendo... el veneno fue su muerte prematura... ¿Todo lo bebiste, oh cruel, sin dejar una gota amiga para mí? He de besar tus labios... Acaso quede algo de veneno en ellos... que me dé una muerte reparadora. (*Le besa*) Tus labios... están aún calientes... Alguien viene. Terminaré pronto. ¡Oh, dulce puñal! Soy tu morada. Descansa en mí. Dame la muerte.

Se clava el puñal y cae. Entran el PRINCIPE y asistentes

PRINCIPE- ¿Que desgracia es ésta tan temprana que a estas horas del alba nos requiere?

Entran CAPULETO, LADY CAPULETO y sirvientes

CAPULETO- ¿Qué es eso por lo que gritan por todas partes?

LADY CAPULETO- La gente en la calle grita «Romeo», otros «Julieta» y otros «Paris», pero todos corren hacia nuestro panteón.

PRINCIPE- ¿Qué temor estremece los oídos?

GUARDIA PRIMERO- Príncipe, aquí yace muerto el conde Paris, y Romeo muerto, y Julieta, antes muerta, de nuevo asesinada...todavía caliente.

PRINCIPE- Buscad, inquirid el origen de estos crímenes.

GUARDIA PRIMERO- Aquí están el fraile y el criado de Romeo que portaban los aperos necesarios para abrir los sepulcros.

CAPULETO- ¡Oh, cielos! Mirad, esposa, cómo sangra nuestra hija. La daga erró el camino: su funda está vacía sobre la espalda de Montesco y halló falso cobijo en el pecho de Julieta.

LADY CAPULETO- ¡Ay de mí! Este espectáculo de muerte es como la campana que convoca al sepulcro a mi vejez.

Entran MONTESCO y sirvientes

PRINCIPE- Ven, Montesco. Temprana fue tu llegada para ver la temprana muerte de tu hijo y heredero.

MONTESCO- Mi señor, mi esposa ha muerto esta noche, el dolor por el exilio de Romeo detuvo su aliento. ¿Qué otra desventura amenaza mi vejez?

PRINCIPE- Mira por ti mismo.

MONTESCO- ¡Oh, joven descortés! ¿Son esas maneras? ¡Precipitarte a la tumba antes que tu padre?

PRINCIPE- Cesad vuestra ira por un instante hasta que podamos aclarar todo esto, conocer su origen, causa y fines; después gobernaré vuestro dolor, y os guiaré incluso hasta la muerte. Entretanto disculpad, y dejad que el infortunio esclavo sea de la paciencia. Que comparezcan ante mí los sospechosos.

FRAY LORENZO- Yo soy el principal y el menos capaz a un tiempo. Soy el mayor sospechoso –pues tiempo y lugar están contra mí- de este horrible crimen. Aquí estoy, acusadme y disculpadme, pues yo me condeno y me excuso.

PRINCIPE- Decid de una vez lo que sepáis.

FRAY LORENZO- Seré breve: lo que me queda de aliento no soportaría una historia prolija. Romeo, que ahí yace, era esposo de Julieta. Y ella, ahí muerta, era su esposa fiel. Yo los uní en matrimonio, secretamente celebrado, el día en que murió Tybalt; su muerte temprana desterró a Romeo de esta ciudad; por él, no por Tybalt, lloraba Julieta, y vosotros para aplacar su dolor la prometisteis y la habríais obligado a casarse con Paris. Ella acudió a mí, enloquecida, rogándome que encontrara un remedio para poder evitar este segundo matrimonio, con la amenaza de que se mataría en mi propia celda. Siguiendo mi experiencia, le di una pócima que tuvo el efecto exacto que yo pretendía, pues produjo en ella apariencia de muerte. Escribí entonces a Romeo para que viniera esta noche de desventura, y pudiera así rescatarla de una tumba ajena en el momento en que el efecto de la droga terminara. Pero aquél que tenía que entregar la carta sufrió un percance y anoche mismo me devolvió el escrito. Entonces, yo, cuando supuse que ella debía despertarse, vine a sacarla del panteón de la familia con el propósito de llevarla a mi celda hasta que pudiera restituirla a Romeo. Pero cuando llegué, justo antes de que despertara, yacían aquí, prematuramente muertos, el conde Paris y Romeo. Ella se despertó, le supliqué que viniera conmigo, y que soportara con resignación el designio del Cielo. Oí un ruido y me alejé, austado de la cripta; ella, demasiado desesperada para seguirme, al parecer se dio violenta muerte.

PRINCIPE- Siempre os habíamos considerado un santo. ¿Dónde está el criado de Romeo? ¿Qué puede alegar? Oiganme los dos enemigos ¡Capuleto! ¡Montesco! Ved la maldición que cayó sobre vuestro odio; el cielo halló la forma de matar vuestro gozo con amor, y yo, al tolerar vuestras discordias, he perdido a dos de mi familia. Todos sufrimos el castigo.

CAPULETO- Dadme vuestra mano, Montesco, hermano mío. Esta es la dote de mi hija. Nada más puedo pedir.

MONTESCO- Yo sí puedo daros más, pues he de erigirle una estatua de oro a Julieta, de modo que, mientras Verona exista, ninguna otra imagen ha de ser tan hornada como la de vuestra fiel y sincera hija.

CAPULETO- Con igual esplendor, y junto a ella, yacerá Romeo. ¡Oh, pobres víctimas de nuestro odio!

PRINCIPE- La mañana trae consigo una paz lúgubre; el sol, apenado, no asoma su cabeza. Vayamos, que hemos de hablar de estos hechos tristes. Unos serán perdonados, otros tendrán su castigo, pues historia tan penosa nunca hubo, como ésta de Julieta y Romeo.

Salen todos